Tomo XI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 8

San José, Costa Rica **1925** Lunes 2 de Noviembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La República Oriental del Uruguay

Así como un hombre es un todo, es también una parte, y se incurrirá en parcialidad no viéndolo». En esa forma expresa Emerson, en uno de sus *Ensayos*, en el último, ese concepto, dicho en tantas formas, aun por el mismo Emerson, y que todos aceptamos.

Lo que decimos del hombre, hemos de afirmarlo de las Naciones, de los Estados, y es el caso recordarlo ahora que damos término, con la conmemoración del nacimiento de dos Repúblicas americanas, la de Bolivia y el Uruguay, a la fiesta centenaria de todas las del Continente.

Hablaremos algo de la segunda, la Oriental del Uruguuy, que, el 25 de agosto de 1825, hace ahora un siglo, comunicó a los demás pueblos, en su memorable asamblea de la Florida, el hecho de su nacimiento. Lo hizo en estos términos:

»La Provincia Oriental del Río de la Plata, en uso de la soberanía ordinaria y extraordinaria que legalmente inviste, para constituir la existencia política de los pueblos que la componen y establecer la independencia y felicidad:

»1.° Declara írritos, nulos, disueltos y de ningún valor, para siempre, todos los actos de incorporaciones y reconocimientos, aclamaciones y juramentos, arrancados a sus pueblos por la violencia de la fuerza unida a la perfidia, de los intrusos Poderes de Portugal y del Brasil.

»2.° En consecuencia, reasumiendo la plenitud de sus derechos, libertades y prerrogativas, se declara, de hecho y de derecho, libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del Universo, y con amplios poderes para darse las formas que, en uso y ejercicio de su soberanía, estime convenientes».

Declararse libre e independiente, en éste, como en todos los casos, quiere decir, pues, sentirse «un todo», sin dejar de ser una parte; incorporarse «con un carácter individual», a los seres de su especie, movido de leyes recónditas, cuyo estudio, y no la



Artigas en el Paraguay (1848)

Según el célebre apunte directo de BOMPLAND.

simple narración de los sucesos, es lo que llamamos historia.

«El carácter lo es todo, dice el mismo Emerson; el individuo es un sistema; y hay que juzgarlo por los hábitos, y no por una palabra suelta, o por un acto aislado. Sólo debe respetarse el magnetismo, que somete las tribus y las razas a la ley de la polaridad. Los hombres son limaduras de acero. Elegimos una partícula y exclamamos: ¡Oh, limadura de acero número uno, cómo atraes un corazón! ¡Qué virtudes tan prodigiosas son las tuyas, cuán propias de tu constitución, qué incomunicables! Mientras hablamos, retírase el imán, cae el granillo en el montón con el resto... y nosotros continuamos nuestra mogiganga con la roedura. Preciso es ir en busca de los universales, del magnetismo; no de las agujas».

No apreciaríamos, pues, debidamente, la aparición particular de ese Estado Oriental del Uruguay, si no le diéramos su puesto y representación en lo universal. Que todos, hombres y pueblos, tenemos algo de universal, efectivamente. Y es la manifestación, la realización, mejor dicho, de eso universal que hay en nosotros, lo que hace de un hombre un genio o un héroe, y de un conjunto de hombres una Nación, o genio o héroe colectivo.

Y no razonaríamos, si ya no es muy superficialmente, la independencia americana, si nos apartáramos de esa ley de la historia, que se percibe con claridad en la emancipación total del Continente, y en la parcial de sus Estados; pero con mayor claridad e interés, si cabe, en la formación de éste de que hablamos, el Oriental del Uruguay y del Plata, que tiene aspectos propios, muy dignos de atención para el pensar profundo.

2

Todos sabemos cómo y cuándo y por qué se desprendieron estas colonias americanas de su metrópolis: de la «inglesa», las que hablaban esa lengua; de la «ibérica», las que hablaban en español y en portugués, es decir, las de lengua «hispánica».

Nos concretaremos a éstas, a las de lengua hispánica, y entre ellas a las que, en la América subtropical, formaron lo que se llamó Virreinato Español del Río de la Plata, materia cósmica, llamémosla así, de cuatro Repúblicas: la «Argentina», o gran núcleo central; el «Paraguay», mediterráneo, sin contacto con los océanos, en el extremo septentrional del Este; «Bolivia», en el septentrional del Oeste, ya sobre el Océano Pacífico; la «República del Uruguay», por fin, en el extremo meridional del Oriente, sobre el Atlántico.

Todos cuatro han celebrado, como efemérides común, la emancipación de la metrópoli española, el suceso que tiene su cifra gloriosa más representativa en el 25 de mayo de 1810; pero los de los dos extremos, el septentrional del Pacífico y el oriental del Atlántico, Bolivia y Uruguay, cele-

bran, con el centenario de 1825, el de su efemérides particular, y no sin mucha causa y muy gloriosa, por cierto.

Bolivia se desprende «como un todo», de los virreinatos de que formó parte, después del último combate con el español en el Pacífico, el de «Ayacucho». Las fuerzas o leyes que determinaron su desprendimiento son profundas; pero no lo son menos, sino más si cabe, las que presiden el de la región oriental del Uruguay y el Plata, que nos ocupa. Dos notas fundamentales reclaman nuestra atención: la de ser el territorio del Uruguay el solo trozo de los dominios españoles situado sobre el Atlántico, separado del gran núcleo central argentino por la cuenca de los grandes ríos, y el de ser el único en que se concentra, no sólo la pugna entre las colonias y las metrópolis ibéricas, sino la histórica y secular de éstas entre sí: la de España y Portugal, que se disputan sus lotes respectivos en esta América del Sur, sin perjuicio, por supuesto, de su alianza natural contra los pueblos todos americanos; el único, pues, encargado de la misión de contener a Portugal, y conservar para la familia española las dos márgenes del Plata, toda la embocadura del grande estuario. Es ese su mayor rasgo diferencial, acaso, que le imprime carácter y hace de él «un todo». Así se explica cómo su independencia queda determinada, en 1825, cuando se desprende de la familia portuguesa y se reincorpora a la española.

El Virreinato español del Río de la Plata se extendía entre los Andes y la cuenca de los grandes ríos que, dividiendo en dos, de Norte a Sur, el Continente, desembocan en ese Plata, el grande estuario; no llegaba al Atlántico, puede decirse; terminaba en la margen derecha de los ríos y el estuario; Buenos Aires, su sede virreinal, estaba sobre esa margen. Pero frente a Buenos Aires estaba Montevideo, núcleo de ese pedazo de territorio que se extiende entre el Plata y el Atlántico, y que, si geográfica u orográficamente, estaba soldado a los inmensos dominios portugueses del océano, sociológicamente era parte, no propiamente de los virreinatos andinos, pero sí de la familia española extendida sobre el Pacífico; hermano de Buenos Aires, de Santiago, de Lima; Capital de un territorio lleno de carácter y con destino propio. Esa fué la manzana de discordia entre las coronas de España y Portugal. Portugal quería ese territorio para sí; «su grande Imperio americano» había de tener por límite el Uruguay y el Plata. Pero los habitantes, los que han de llamarse siempre «orientales» y hablar en español, esos no querían tal cosa, sino conservar para la familia, para todos los hermanos de habla española, las dos márgenes del grande estuario del Sur.

He ahí cómo y por qué la región central argentina, con su núcleo en Buenos Aires, hubo de luchar con la Corona española, y cómo y por qué la oriental, la del extremo Atlántico, sin perjuicio de unirse a todos sus hermanos en ese esfuerzo, hubo de hacerlo con la portuguesa, y hacer de esa pugna su rasgo diferencial y formar en ella su persona, «su todo», que dice Emerson. E identificar su permanencia en la familia española con la propia personalidad independiente.

3

Símbolos personales de las leyes sustentadoras de los pueblos son los héroes que éstos construyen de su propia substancia. Son, pues, entidades reales, substanciales. Los construídos así por el Uruguay, Artigas, y el grupo de los «Treinta y Tres» acaudillados por Lavalleja, son eso. El primero, sacado a luz de su medio de tinieblas históricas ya disipadas, es hoy la figura orbital de ese Estado; pero es también el símbolo por excelencia de la fraternidad de los pueblos de América en el esfuerzo democrático por su emancipación de las metrópolis, tanto de la española como de la portuguesa. El grupo homérico de los «Treinta y Tres», tan nítido y tan querido de todos los americanos, representa el esfuerzo particular de los orientales por recoger, «continuando el primer período de la regeneración política de todos», su parte en el acervo común, su propia independencia, que, como hemos visto, se identifica con su permanencia en la familia española con la del Río de la Plata, en primer término, Argentina, Bolivia, Paraguay. Las dos grandes fechas, 1810 y 1825, representan la misma gloria para el Uruguay, si bien es la segunda, el 25 de agosto de 1825, la que en definitiva la consagra.

Entre esas dos cifras, en esos quince años, de 1810 y 1825, entre las «Piedras y Ayacucho», se realiza en la América del Sur el épico drama de la emancipación de la madre española, desarrollado sobre todo en el Norte de la Argentina y en el Pacífico, desde Buenos Aires y Santiago de Chile hasta Colombia. Esa magnífica empresa, toda de todos los americanos, es un asalto, desde los dos extremos, al núcleo central, *primum vivens y ultimum moriens*, como el corazón en el hombre de la fuerte metrópoli española: el Perú, Lima, la ciudad de los reyes; el Callao, su baluarte y fortaleza. Hacia allá convergen todos, desde 1810; los que vienen del Norte y los que van del Sur, al través de las llanuras impasibles y de las montañas torvas. Es una magnífica epopeya, no cabe duda. No la hay, que yo sepa, más digna del recuerdo y del canto perdurables. Los nombres protagonistas de San Martín y de Bolívar lo dicen todo. Y es eso lo que termina en «Ayacucho», el último combate, al finalizar el año 1824.

Pero mientras esa lucha está empeñada en el Norte argentino y en el Pacífico, otra más obscura, pero convergente y no menos heroica, lo está en el Atlántico, en el trozo de territorio entre el Plata y el océano, que es hoy «el patrimonio de los orientales», y que pudo no serlo de los hispanoamericanos. Los hombres que parten de Buenos Aires hacia la montaña andina para expugnar el baluarte del rey español con su sede en Lima, han dejado a su espalda al rey portugués que la tiene en Río de Janeiro, y que ha ido avanzando hacia el Plata, con recursos poderosos, tanto o más poderosos que los de España, y buscando su conjunción con ésta, su aliada natural. Con él ha de partir el botín en las colonias. Esas dos coronas reales son una misma cosa, si bien se mira. La hermana del rey de España es reina consorte de Portugal.

Fácil es comprender lo que significa, para los que luchan en el Norte con España, para toda nuestra empresa emancipadora, el detener en el Sur a ese rey portugués. Y, una vez eso comprendido, una vez alumbradas con lámparas las entrañas de esta historia, el nombre de Artigas, el héroe del Uruguay, entra en su luz.

El fué quien acaudilló y llevó a término, con el pueblo oriental, esa obra complementaria de la de San Martín y de Bolívar, sus hermanos, sus pares; fué él quien, con su pueblo, sostuvo, desde el principio, las luchas con las Coronas de España y Portugal, unido a sus hermanos de allende el Plata unas veces, separado otras de ellos en la acción, pero siempre unido en el espíritu y en el propósito final: conservación de ambas márgenes del estuario para las Naciones de lengua española que se forjaban en aquella fragua, llena de obscuridades caóticas y de núcleos cósmicos. En esa lucha vence a España unido a sus hermanos de allende el Plata, y, con éstos, toma posesión de su ciudad natal, Montevideo, en la que queda, por fin, solo, segregado políticamente de aquéllos, aunque no sociológicamente del conjunto de pueblos libres hermanos, de que aquéllos forman parte a su vez.

Así hubo de quedar cuando los hermanos de allende el Plata se fueron hacia los Andes a unirse a los del Pacífico, y concentrar hacia allá todas sus fuerzas. Para eso y por eso, para concentrar el esfuerzo en el Norte, tramontando la cordillera remota, los pueblos platenses hubieron de abandonar a Artigas, dejando confiada a él, a sus orientales, la misión, casi irrealizable, al parecer, de conservar, para sí mismos, y para la familia de hermanos españoles, la codiciada región entre el Plata y el Atlántico. Con el lleno de esa misión cobra este Estado su definitiva cohesión y su carácter, y su título más claro al amor de América.

Artigas se queda solo, formando la primera «República Oriental», como fué llamado uno de sus buques corsarios, armado para resistir la invasión de Portugal. Este ha caído sobre su tierra, juzgada presa fácil, dada la ausencia de sus hermanos. Los ejércitos del rey portugués se apoderan de Montevideo, efectivamente; penetran en la plaza abandonada, casi en el mismo día en que los que se han ido hacia los Andes, unidos a sus hermanos los chilenos, que los esperan del otro lado, penetran en Santiago de Chile, después de vencer en «Chacabuco». Pero Artigas, unido a aquéllos, en espíritu, a argentinos, chilenos y peruanos,

unido, con toda su alma, a San Martín, su hermano predilecto, guarda su propia tierra, para sí y para todos, y la sella y confirma con la resistencia heroica, y con la inmolación propia y de su pueblo. Mientras aquéllos, todos los andinos, conglomerados en haz glorioso, van hacia la victoria, que los recibe en «Chacabuco» (1817) y los confirma en «Ayacucho» (1824), éstos, los orientales de Artigas, solos con el portugués, luchan y caen desangrados, rendidos de fatiga, con su caudillo, como no podía menos; dan la vida por la vida, el todo por el todo.

La primera «República Oriental o Provincia Oriental» parece no existir en ese momento; pero existió para siempre; es un muerto, al parecer; pero ¿es acaso lo mismo ser un muerto que no ser?

4

Cuando se afirma que el año 1824, el año de «Ayacucho», es el terminal de la dominación española, no se dice toda la verdad. Lo es en el Pacífico, no cabe duda. donde la aparición de la República de Bolivia, desprendida, tras el gran combate, de los virreinatos andinos, es, efectivamente, la última manifestación de las nuevas vidas que saltan del conglomerado español, hecho pedazos por falta de cohesión orgánica. Pero este trozo del Continente entre el Plata y el Atlántico, con su plaza fuerte española en Montevideo, éste también es parte de aquel conglomerado. Mientras no se restituya a él arrancándose del portugués, del que es refractario; mientras el Río de la Plata no corra, en ambas márgenes, por tierras de lengua española, no puede decirse que el patrimonio de España esté todo en manos de sus hijos vivos.

Este año de 1825, en que esa Provincia o Estado Oriental. realiza, como el de Bolivia, su obra propia, reincorporándose a la gran familia, al par que declarando su propia vida, es, pues, el que cierra el ciclo de la independencia continental.

Es ese espíritu el que mueve a los orientales, no bien llega a su noticia el triunfo de Ayacucho; es el que los lleva a ocupar su puesto entre los vencedores de que ellos forman parte. Llaman a éstos en su auxilio, a todos los hermanos vencedores: a los de San Martín, a los de Bolívar, a los chilenos de O'Higgins, a los colombianos de Sucre, a los Estados occidentales del Uruguay y el Plata, sobre todo, Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, que por su unidad geográfica natural han de conglomerarse en la gran familia argentina. Los orientales quieren reincorporarse a todos ellos, como Chile, como Colombia, como Buenos Aires; juzgan, y juzgan bien, que esa reincorporación «es su derecho», y la verdadera y sola forma de su propia independencia.

Y eso es lo que van a decir en su Declaración de la Florida: proclamar la ley de la América española: todos para todos. La ley del pasado y la del porvenir.

Pero si bien esperan esa unión, que ha sido y es la fuerza de todos y cada uno, no aguardan a que el auxilio llegue para arrojarse a la empresa; se lanzan a ella con impaciencia febril y sin pérdida de momento; se aventuran solos, seguros de arrastrar tras de sí, como el núcleo del cometa lleva su cauda luminosa, toda la estirpe de que son y quieren ser miembros.

Y eso es el grupo de «Treinta y Tres» hombres, acaudillados por Lavalleja, capitán de Artigas, que desembarca en la «Agraciada» el 19 de abril de 1825. Y eso la declaratoria de la Asamblea que, reunida el 25 de agosto del mismo año, en la Florida, proclama los dos extremos del pensamiento: la propia vida dentro de la vida continental, de la platense sobre todo. Declara rotos y disueltos todos los vínculos que la atan al rey de Portugal, y que el mismo pueblo brasileño, que no es enemigo, por cierto, del oriental, romperá más tarde: la Nación se proclama libre e independiente de ese rey, del emperador, su hijo, que le sucede, y de todo poder del Universo. Y se declara, por fin, al mismo tiempo, unida a las demás Provincias o Estados del Río de la Plata, en el territorio de América del Sur por ser libre y espontánea voluntad de los pueblos que la componen, manifestada desde el primer período de la emancipación política: es decir, miembro, como lo proclamó Artigas desde el principio, no de la familia portuguesa, sino de la española, que acaba de conquistar, toda reunida en el Pacífico, su independencia total y la particular de cada Estado, en la batalla de «Ayacucho».

Esa memorable declaración, tanto la de sentirse «un todo», como dice Emerson, cuanto la de sentirse «una parte» de un todo mayor, tiene un carácter definitivo irrevocable, que debe comentarse a la luz de la historia que la precede y la sigue. No lo vemos más definitivo en ninguna de las de América, animadas todas, sin embargo, desde las primeras hasta las últimas, del mismo espíritu, que es lo que se llama la infrahistoria. Los otros Estados no tuvieron necesidad de declararse incorporados los unos a los otros, porque ya lo estaban; ninguno había sido arrebatado como el oriental, a la familia.

Es, pues, ese momento el que ha de celebrarse y se celebra. Las victorias de los orientales, solos todavía durante el año 1825, «Sarandí», «Rincón Santa Teresa», que llenan ese año clásico del Uruguay: las que, desde que comienza el año siguiente, 1826, obtienen aquéllos unidos ya desde entonces a los hermanos ultraplatenses que han acudido, como no podían menos, al llamado de la sangre: la jornada final de «Ituzaingó», hecha eficaz por la vertiginosa invasión de Rivera, el hermano de Lavalleja, a las «Misiones Orientales»: la constitución, por fin, del nuevo Estado, todo eso arranca de aquel momento, que podemos llamar, con Emerson, el momento universal, y se concentra en él.

Primum vivere, deinde philosofare. Ante todo, vivir; después filosofar, obrar, crecer, llegar. Los Estados americanos, unánimes, no han consagrado el momento en que han obrado, legislado, sino el que «se han sentido el alma» en forma más o menos nebulosa. Que los pueblos, como los astros, aparecen así; sus cunas están envueltas en cortinajes de nubes. ¿Dónde estabas tú, dice Dios a Job, el formidable profeta del desierto, dónde estabas cuando Yo envolvía la tierra en sus nieblas, como se envuelve un niño en sus pañales?

Ni siquiera son los héroes personales, por venerables que sean, y pese a las fórmulas de Carlyle, quienes pueden señalar, con sus nombres, los momentos oscuros y luminosos al par, en que aparecen los universales de los pueblos, las nebulosas espirales. «Sólo debe respetarse el magnetismo, oímos decir a Emerson, que somete las tribus y las razas a la ley de la polaridad». Y el mismo Emerson nos incita a ir en busca de ese «magnetismo», no de las limaduras de acero. Lo son los mismos héroes, para él: sólo limaduras. ¿Quién es capaz de decir, escribe en sus *Ensayos*, si Washington es un grande hombre? ¿Quién si lo es Franklin? ¿Quién si lo fué alguno de los doce, de los seis, de los tres dioses mayores de la fama? Ellos también aparecen y desaparecen ante lo eterno.

El que bien penetra en ese orden de ideas, sólo él puede comprender cómo y por qué los pueblos de América hemos consagrado, como fecha de nuestro nacimiento, las de nuestras declaraciones de voluntad colectiva, por balbucientes que sean. Fácil es incurrir en confusiones y aun en errores invencibles, sobre eso, que pueden llegar a ser quebrantos del amor. Y para eso existen las celebraciones: para substituir el análisis por la pasión, que es lo solo que jamás se equivoca en los pueblos: el corazón, *primum vivens, ultimum moriens*. ¿Cuál es el pueblo, así sea el más histórico de la tierra, que conoce bien su propia historia, lo que se llama conocerla? ¿Y cuál es el que no conoce, el que no percibe o siente la propia vida? Esta no es una narración, ni una comprobación o razonamiento, sino otra cosa, otra función superior a nuestras pobres facultades del pensamiento, función a la que Maeterlink llama «nuestra alma divina», y que existe en los pueblos y es forma substancial de su cuerpo visible.

Una obra, dice de Sanctis, tiene su intención en sí misma, y poco importa cuál haya sido la intención del autor.

La verdad es que no tenemos gran influencia sobre nuestro «yo».

¿Qué he hecho yo hoy de inmortal? Acaso el haber dejado en otro corazón una certeza que no tengo en mí mismo. He ganado mi día.

Esa declaración de la Florida, que el Uruguay consagra y celebra jubiloso con todos sus hermanos, esa del año 1825, es más clara quizá, más precisa, que las anteriores de los demás Estados de América, el mismo Uruguay de 1810 entre ellos, que se dicen independientes, y con razón, pese a sus protestas de fidelidad al rey de España; pero es más clara sólo porque es posterior a aquéllas; porque, gracias a ellas,

el «yo» de las profundidades ha salido más a la superficie; el sol está más cerca del Meridiano.

Ni aun por eso, sin embargo, ha de tomarse el texto de la Declaración de la Florida como la sola fuente o base del dogma nacional, cuyo culto se llama patriotismo. Los mismos cristianos no toman la letra del Evangelio como la sola fuente de la fe religiosa. Esta ha de integrarse con la tradición, con la vida misma del espíritu que anima el cristianismo. El patriotismo no es un análisis, sino una fe. Y ésta se cultiva no tanto razonando, sino amando, amando sobre todo, reverenciando la intención de la obra, más aun que la del autor, aun suponiendo que el autor es el pueblo mismo. Sobre la intención del conjunto está la de las fuerzas que mueven el Universo con cadencia y número.

No hay que mirar con ojeriza el instinto local o regional que movió estos pueblos de América. Se ha visto en él sólo un elemento de disgregación, sin advertir que lo fué, ante todo y sobre todo, de acción. Como la tierra, que girando sobre su propio eje se mueve al mismo tiempo en torno del sol, estos pueblos se conglomeraron, gracias a su propio movimiento inmanente o cósmico: la conciencia de sentirse un todo, una persona.

La fecha del Uruguay, el 25 de agosto, puede y debe ser celebrada como propia, no sólo por la República Oriental del Uruguay, sino por todas las de la América del Sur, como la verdadera nota final de su emancipación gloriosa. El esfuerzo de los orientales significa, no sólo la propia aparición entre los Estados soberanos, sino el último esfuerzo heroico de este mundo hispanoamericano. Por ese esfuerzo, la gran familia, cada día más unida en el pasado y en el porvenir, se extiende hoy, en la América del Sur, desde Panamá hasta el Río de la Plata, hasta sus dos márgenes. Esa República Oriental del Uruguay, cuyo padre ARTIGAS hablaba la misma lengua y sentía el mismo dinamismo heroico que San Martín, Belgrano, Bolívar, O'Higgins y Sucre; esa, en cuyos «Treinta y Tres» parecen agruparse y reconocerse y abrazarse todos los soldados conocidos y los desconocidos de la epopeya continental, es la hermana que, llegada la última a la familia, quisiera ser la primera en el amor de todos. Su centenario cierra los centenarios que van pasando, que vamos dejando atrás. Comenzaremos juntos las centurias nuevas, y juntos reforzaremos nuestra fe en los destinos benéficos de nuestra estirpe, abierta en todas las direcciones.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

(*La Nación*, Buenos Aires).

Sobre el Latinismo

Con gusto publicamos la siguiente interesante colaboración. Nos complace que el artículo Reneguemos del Latinismo *haya sido comentado, refutado y que haya servido de pretexto a escritos tan bien meditados y juiciosos como el del Sr. González Luna* (1). *Nuestro propósito fué remover la cuestión y somos los primeros en sentirnos satisfechos por la reivindicación de las buenas cualidades del latinismo. Lo único peligroso es aceptar los ideales sin discutirlos. En lo que no estamos conformes con nuestro amable colaborador, es en los juicios penales que emite sobre el socialismo. Sin duda porque esta palabra comprende tan numeroso grupo de escuelas diversas, no sería fácil hacer su defensa en una simple nota.*

J. VASCONCELOS

En el número tercero de *La Antorcha* publicó el señor Licenciado Vasconcelos un fuerte e interesante artículo sobre la posición racial y espiritual de la América Española ante el latinismo, sintetizando en el título las conclusiones: *Reneguemos del Latinismo* (1). Además de la cuestión central, otras varias, de capital importancia también, se debaten en el editorial de referencia, pues exalta o deprime el señor Vasconcelos instituciones y doctrinas cuya colocación, a mi juicio, debe ser rectificada.

Reconozco que el concepto «raza latina» no corresponde a una realidad étnica que incluyera a la América Española. Reconozco que nuestra ascendencia genuina y directa es hispánica e india, que nuestro apellido racial es ibero-americano.

«Hermandad estrecha—proclama el señor Vasconcelos—de los ibero-americanos con España y con Italia y con Francia, pero no porque seamos latinos, sino porque representamos un concepto emotivo de la vida y queremos que la ley suprema llegue a ser la ley de belleza!» Pero Italia y Francia, con quienes tenemos determinadas afinidades, y España, nuestro ascendiente, son latinas—la última en menor medida—y probablemente de la común penetración romana vienen las semejanzas que determinan esas afinidades. ¿Cómo renegar del latinismo? Además, la universalidad, la generosa amplitud espiritual que indica el señor Vasconcelos como actitud digna de América, no permite renegar de una civilización en gran parte noble y respetable.

No se justifica, pues, una condenación absoluta del genio latino y hay que aclarar el contenido de este concepto, desvaneciendo la apariencia de antinomias que en realidad no existen e iluminando, en cambio, la realidad de ocultas e irreductibles oposiciones.

Al estudiar brevemente estas cuestiones, intento aportar una modesta contribución al esclarecimiento del patrimonio espiritual de los pueblos ibero-americanos y al reconocimiento del Ideal Cristiano como realidad fundamental de su pasado y como estructura de sus programas de porvenir.

***

No es posible, ni está justificado históricamente, fijar una línea de hostil demarcación, o mejor dicho, plantear una antinomia, entre las civilizaciones griega y romana. Sin incurrir en la locura de identificarlas, es preciso reconocer su parentezco íntimo, su continuidad genealógica. La discrepancia es seguramente menos radical de lo que el señor Vasconcelos imagina, enardecido por un ideal de porvenir, más bien que fríamente inclinado sobre un remoto pasado. En sus orígenes, la estructura religiosa, moral y jurídica de la sociedad romana, es fundamentalmente helénica. La obra histórica de Fustel de Coulanges en este sentido es, entre otras más generales, concluyente. La organización de la familia y del culto, el régimen de propiedad, las instituciones políticas, proclaman la consanguinidad de las dos civilizaciones. Posteriormente vino la diferenciación. Sería infantil pretender la standarización de las culturas, de las razas, de las patrias. Pero la ascendencia helénica, integrante, esencial del latinismo, jamás fué renegada o proscrita por la recia progenie de Rómulo. Menos espiritual, menos bella y, sin duda, con rigidez en Atenas desconocida, Roma fué, no obstante, el ejecutor testamentario de Grecia. La civilización helénica, exangüe y moribunda, no hubiera hecho campo dócil del Occidente y, en general del mundo, sin el vehículo universal de Roma. Las alas de la Victoria de Samotracja tenían albores y prestigios supremos, incomparables con el rudo plumón de las roncas águilas de las legiones romanas; pero la Victoria no podía volar y Roma se esparció por el mundo. Sobre el horizonte azul se destacaba la Acrópolis más bella, en

(1) Véase tal artículo en el REPERTORIO AMERICANO, N.º 18 del tomo IX.

(1) En la última entrega de *Reproducción* (San José de Costa Rica), N.º 131, tomo VIII, puede leerse otra refutación al artículo del Sr. Vasconcelos. En eso estamos: en la discusión de las ideas, amplia, sin unilateralismos ni dogmatismos.—(N. del E. del *R. A.*)

la inefable claridad de Atenas, que en Roma el Capitolio; pero aquí estaba el centro del mundo y, sin Roma, Grecia no hubiera realizado su destino histórico. España, las Galias, los pueblos dominados por Roma, recibieron, con penetración más o menos perdurable y profunda, no una civilización exclusivamente romana, sino greco-latina, y no hubieran podido recibir una civilización directa y exclusivamente helénica. De nosotros a Grecia hay que pasar por Roma. Por lo demás, no es demasiado indiferente o despreciable la compañía, en buena parte del camino, de Séneca, Cicerón y Virgilio. Dante bien lo sabe.

Desde el punto de vista de las inhumanas crueldades de la organización social de Roma, que con justicia sublevan al señor Vasconcelos, la regresión o la antítesis tampoco existen radicalmente, respecto de la organización social de Grecia. El mal era consustancial al paganismo y no debía iniciarse su curación sino con el advenimiento justiciero, nivelador y caritatitivo del Ideal Cristiano. Aun prescindiendo de la aristocrática ferocidad del cuartel lacedemonio—Esparta—no puede desconocerse que Dracones y Espartacos son tipos comunes a ambas civilizaciones y que la envenenada querella de los eupátridas y el demos no es precisamente un cuadro idílico junto a la vieja lucha de patricios y plebeyos. En cuanto al monumento pesado, pero grandioso del Derecho Romano, es una de las más bellas ruinas del mundo antiguo. Es un progreso y una elevación espiritual, dentro de su función propia, sobre Grecia, aunque sobrepasado ulteriormente y en gran medida por el Derecho Cristiano. Ahora nos hace la impresión de una rígida estructura de fórmulas muertas; pero es que toda organización jurídica positiva, constituye esencialmente coacción, marco y cauce de una corriente determinada de vida social. La corriente llega a variar de dirección y de forma y abandona el viejo acueducto en un recodo distante de historia o de olvido. ¿Por qué habríamos de repudiar de la civilización antigua una noble realización de inteligencia y de ética social para adorar exclusivemente una supremacía estética, la de Grecia; que, por lo demás, tuvo un culto y una descendencia—puente espiritual para Europa—en Roma? El espíritu no es restricción, sino plenitud, ansiedad abierta a todas las formas de perfección.

De esta suerte, no es una herejía ideológica o histórica, ni mucho menos, considerar hermanados en el concepto actual del genio latino la inspiración, el culto de la belleza, el sentido de la armonía, de la vida flexible y sonriente, de la proporción y de la forma —herencia helénica—con la claridad, la disciplina espiritual y la poderosa virtud de proselitismo y de expansión de los romanos.

* * *

Una condenación ardiente de la despiadada iniquidad social e «internacional» de Roma pagana—insistimos en que no fué Roma el único reo, sino el más visible por más fuerte—no implica de ninguna manera la condenación del espíritu de disciplina y jerarquía—cimiento de su grandeza y rasgo decisivo de su fisonomía—cuyo progresivo debilitamiento fué precisamente determinando la pérdida de las viejas libertades, la fuga de las originarias virtudes cívicas, la espléndida putrefacción universal hasta transformarse la antigua república aristocrática en la brillante abyección—a los pies de un monstruoso despotismo—del Imperio.

La disciplina y las jerarquías son el principio de consistencia y de grandeza de los pueblos. Constituyen una necesidad biológica. Significan diferenciación, equilibrio funcional, y, en consecuencia, dinamismo y progreso. A la constitución de todo despotismo precede un trabajo de nivelación —aplastamiento—y de relajamiento de las disciplinas: entonces el abuso del poder no encuentra frenos ni resistencias. Pero, suprimidas, no tardan en reconstruirse, si se quiere bajo nuevas formas: su necesidad se impone. Todas las civilizaciones y todas las patrias se han asentado sobre una estructura disciplinaria y jerárquica cuyas inhibiciones son momentos de tránsito, crisis pasajeras, paréntesis que no tardan en cerrarse. Grecia no contradijo el principio. Renegar del latinismo como disciplina y jerarquía, pudiera conducirnos a renegar de la historia, del universo, de la vida.

Es concepto fundamentalmente equivocado el del Cristianismo como reacción de la libertad contra la disciplina. Es ciertamente libertad; pero también, y sustancialmente, disciplina. Más todavía: es libertad porque es disciplina. Hay mayor libertad donde hay mayor capacidad de realización personal, y la personalidad más fuerte es la más disciplinada. Indisciplina significa distensión, relajamiento, flojedad. Disciplina significa acumulación de fuerza, virtualidad impulsiva, vigor siempre despierto. El estanque, hoy vacío, perdió sus aguas en un pasajero borbotear que luego fué pantano, inacción, nada. La corriente vivaz, presa en la opresión del cauce, es, llegado su momento, torrente incontrastable, y sometida al rigor de nuevos márgenes, conserva indefinidamente su poder latente. La disciplina ha hecho los santos y los héroes, la libertad y la relativa perfección humanas. Con recios cinceles de disciplina labra el Cristianismo al hombre interior en un perpetuo vencimiento, y esta actitud trasciende al orden social como aceptación libre y sincera de sus normas, instituciones y principios racionales, y como resistencia irreductible a todo linaje de injusticias. Disciplinando al mundo, el Cristianismo lo organizó y lo hizo libre.

No es verdad que Roma tomó al Cristianismo «y lo volvió liturgia, boato papal y organización mundana». Liturgia tenía que ser siempre: homenaje total, del espíritu y del cuerpo, a Dios. Liturgia fué ya en las catacumbas, cuando la barbarie imperial y plebeya bebía su sangre insaciablemente. Después su ofrenda pudo ser más suntuosa y lo fué, embelleciendo al mismo tiempo al mundo. Papal fué desde el primer momento de su vida y tenía que seguir siéndolo por mandamiento divino y aun por supremos motivos humanos: el Papado ha sido su columna vertebral, su cimiento, su vida. De la necesidad que en el mundo tiene toda potestad de revestirse de dignidad exterior, la culpa recae no sobre el Papado, sino sobre la naturaleza humana y, por lo demás, al mecenazgo y a la obra civilizadora del Pontificado debemos tesoros de belleza y de cultura que sería inicuo ignorar. Miguel Angel, Rafael, Bramante, son unos cuantos nombres. Tenía también que invadir al mundo, tenía que estar en todas partes, porque a eso vino: a ser doctrina y organización universal, a no ser extraño a nada, a ser norma, vida, sentido y supremo determinante de todo. Y esto no lo heredó de Roma. Cuando, reconociendo en el Cristianismo al menos un alto ideal de perfección, se le quiere reducir a confusión doctrinal, a dispersión anárquica de sistemas individuales, a masa amorfa y descoyuntada sin organización, sin jerarquía, sin unidad; a religión sin culto, sin calor, sin emoción, sin luz; cuando se pretende no encontrar belleza, grandeza y espíritu genuino sino en su vida de las catacumbas y del Circo, de donde se quisiera que nunca hubiera salido —sino a lo más para ocupar puestos de segundo orden entre el personal de las leproserías o para encerrarse en un «fuero interno» mudo, medroso y paralítico—se le desconoce en lo absoluto o se le odia innoblemente, o ambas cosas a la vez. Desde este punto de vista, es más lógico el grito de odio y de dolor con que France y otros lloraron sobre el cadáver de la belleza pagana coronado de pámpanos y rosas. ¡No! Roma no corrom-

pió ni ahuyentó el Ideal Cristiano. Por el contrario, el Cristianismo conquistó y transformó a Roma y al mundo. Demostró el movimiento andando.

El Cristianismo no fué un bello intento frustrado o absorbido por Roma. Es una gran realización; y hay que distinguir entre Roma y Roma, entre la capital política del paganismo y la capital religiosa del mundo cristiano. Entre ellas sí hay verdadera contraposición: no tienen de común sino la vocación a la universalidad.

Un concepto emotivo y predominantemente estético de la vida no puede tener en Savonarola y Lutero caudillos o símbolos, ni caben las tendencias que éstos representaron en la actitud que, como conclusión de su artículo, preconiza el señor Vasconcelos para los pueblos ibero-americanos. La Reforma fué la negación «nórdica» y sajona del Cristianismo, no trajo al mundo ningún mensaje nuevo, ninguna fuerza religiosa constructiva y es un pobre acreedor de la Belleza y de la vida profunda de los pueblos en que podemos buscar nuestra ascendencia espiritual. Posteriormente a *Reneguemos del Latinismo,* el señor Vasconcelos parece reconocerlo así, cuando hace retroceder hasta el Concilio de Trento la supuesta desnaturalización latina del Cristianismo, que antes colocaba en Constantino. ¿Podría estimarse al Protestantismo como continuador de la tradición católica pre-tridentina? En cuanto a Savonarola, prescindiendo del aspecto político de su agitada historia y reconociendo que doctrinalmente nunca podrá considerársele como precursor de Lutero, ensombreció en Florencia no tan sólo la mansa sonrisa del Pobrecito de Asís que no ha cesado de iluminar y ennoblecer a la humanidad, sino también la brillante sonrisa del Renacimiento, que no fué totalmente, ni mucho menos, sarcasmo y negación del Ideal Cristiano.

Finalmente, ni la Revolución Francesa ni el Socialismo contemporáneo son propiamente reacción o antítesis del espíritu latino-pagano, ni modelos o rutas ideales para el porvenir de nuestra América, en consorcio con el genio helénico y un Cristianismo primitivo y confuso.

La Revolución no estaba más lejos del Latinismo, como enuncia este término el señor Vasconcelos, que el Antiguo Régimen. La sangrienta disciplina del Terror no cede en crueldad a la disciplina romana. La Revolución nació de una lírica ideología propia, hoy declarada en bancarrota, y de condiciones políticas, religiosas, sociales y económicas muy peculiares. Por lo demás, su ejecución no tuvo más de belleza helénica que de repulsiva ferocidad; no tuvo más de grandeza moral que de canibalismo. Y—dato significativo, aunque secundario—sus protagonistas tenían una verdadera pasión imitativa de las actitudes, de los episodios, de los personajes de la antigua Roma, pasión llevada hasta el pedantismo y la teatralidad. Los dogmas de la Revolución Francesa están casi en su totalidad perfectamente desprestigiados. El movimiento social que llena nuestra época es una reacción contra sus consecuencias. Aun el Socialismo, que tiene de común con ella la irreligiosidad y los métodos de acción, le es fundamentalmente antagónico.

Pero tampoco es el Socialismo liberación y elevación espiritual, tampoco es el ideal que ansiosamente buscan espíritus selectos y libres, ni el programa del porvenir para América. Precisemos desde luego el concepto «socialismo», distinguiéndolo del anhelo por una organización social más justa y humana que la actual, una organización social en que la propiedad sea, no destruida, sino equitativamente distribuida y generalizada; en que la dignidad y los derechos del trabajo humano sean plenamente reconocidos y respetados; en que la cooperación entre capital y trabajo sustituya a la explotación y a la lucha; en que el orden moral se proyecte sobre la sociedad en un régimen jurídico adecuado a la naturaleza humana y que dé cabida al fuerte y al débil; del noble y justo anhelo, en fin, por una elevación espiritual y material que más beneficie a los más necesitados, como más da la lluvia del cielo a los cauces vacíos que a los llenos, aunque baje indistintamente para todos. El Socialismo no es esto. Es sistema peculiar, doctrina distinta y programa de acción distinto. Es la filosofía y la práctica del materialismo histórico; el interés material subyugando los altos intereses del espíritu; la inteligencia, la ética y la estética en abyecta adoración y esclavitud del becerro de oro de la Economía. Es reducción de lo superior a lo mediocre, en un nivelamiento anti-natural; porque si en la humanidad como especie la igualdad es ley, entre los individuos es ley, por el contrario, la desigualdad: «la igualdad humana—decía Maurras—sólo existe en los cementerios». Es despotismo feroz, no ocasional o excepcional, sino declarado y aclamado de antemano como principio teórico y como necesidad práctica. Es un imperialismo, un capitalismo al revés. Desplaza los problemas, pero no los resuelve. Si en nombre de la justicia y de la libertad hay que condenar los abusos del régimen capitalista, en nombre de la justicia y de la libertad hay que condenar al Socialismo. Como se ve, no rompería los duros moldes romanos.

E. González Luna

(*La Antorcha.* México, D. F. Entrega del 22 de Noviembre de 1924).

Los Programas de Enseñanza Primaria y la educación de los niños

Desde que la humanidad inició la civilización, se emprendieron también los trabajos educativos de la niñez. Esparta y Atenas, por ejemplo, tuvieron la preocupación de educar convenientemente a los niños de ambos sexos. En materia de educación hubo sabios iniciadores; verdaderos devotos del asunto trascendental de dirigir niños.

Leyendo lo que esos sublimes iniciadores nos dejaron en materia de educación, observamos que todos tienen un parecer semejante y llegan a un mismo fin: 1.º) que el niño debe tener libertad de acción, esto es, debe investigar, buscar la verdad por sí solo; 2.º) de donde se deduce que el trabajo es exclusivo y particularmente del niño; 3.º) todo lo debe aprender el niño directamente de la Naturaleza: no de los libros ni de los discursos del maestro; 4.º) la educación es triple: física, moral e intelectual; 5.º) la escuela es coeducativa.

Copio aquí, las ideas que sobre educación, tuvieron los precursores:

1. Pestalozzi enseñó que «la individualidad del niño es sagrada» y que «el niño desea que no intervenga nada entre él y la Naturaleza... Hombre, dentro de ti mismo, en el sentimiento interno de tu poder, es donde reside el instrumento de la Naturaleza para tu desenvolvimiento». «No debemos leer nada, debemos descubrirlo todo».

2. Dice Mchimura (del Japón): «Nos instruyeron según nuestra idiosincracia física, mental y espiritual».

3. Quintiliano observa: «El deseo de aprender se apoya en la voluntad que no puede ser forzada».

4. Séneca enseñó: «Se alcanza más pronto el fin por el ejemplo que por el precepto».

5. Plutarco declaró que «el alma no es un vaso que hay que llenar, sino más bien una semilla que tiene que desenvolverse».

6. Agrícola escribió: »Si hay algo que tiene un nombre contradictorio, es la escuela, cuyo nombre griego significa ocio, y el latino *ludus*, juego; pero nada hay más lejos del ocio y del juego».

7. Montaigne dice: «El conocimiento no debe ser agregado al espíritu, sino que debe convertirse en una parte y parcela del espíritu mismo». También se dolía de que «hay una gran tendencia en el mundo escolástico a menospreciar el valor y la potencia de la auto-educación».

8. Comenio refiere: «el desenvolvimiento es desde dentro», y «todo lo que hay en el intelecto debe pasar por los sentidos». *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu.*

9. Plauto exclamaba: «El testimonio de los ojos es diez mil veces más valioso que el del oído».

10. Locke insistió en que «todos los estudios deben ser atractivos».

11. Rousseau refiere: «Yo odio los libros, nos enseñan simplemente a hablar de lo que no sabemos. Todo es bueno cuando sale de manos del Creador: todo degenera en manos del hombre».

12. Kant dice: «La aspiración de la educación consiste en dar al individuo toda la perfección de que es capaz... El mejor modo de comprenderlo es hacerlo. Lo que aprendemos más perfectamente es lo que aprendemos en cierta medida por nosotros mismos».

13. Froebel, al fundar el kindergarten, puso en práctica la «actividad espontánea». «Puso en evidencia la educación entre los intereses individualistas y los sociales del hombre».

14. Herbart enseñó: «El maestro debe hacer punto de honor dejar la individualidad tan intacta como sea posible, dejarle toda la gloria de que sea capaz; en una palabra, ser respetuoso y reconocer hasta la concupiscencia, para que el ejemplo en lo individual no pueda parecer insignificante como expresión de la raza misma y se desvanezca como indiferente... Es la individualidad y el horizonte de lo individual determinado por la oportunidad, los que deciden si no lo central, al menos el punto de partida, de la cultura que avanza».

15. Milton escribe: «Así enseñar en la escuela a que aparezca el conocer y el hablar como si el conocimiento fuera real, sea o no consciente, es adiestrar en el hábito de la insinceridad».

16. Humboldt afirma: «El Gobierno, la propiedad, la religión, los libros y el hogar no son sino los cimientos para edificar al hombre. La tierra no da a sus dueños mejor fruto que el hombre acabado».

17. Herbert Spencer declara: «La disciplina que favorece al espíritu es la activa, no aquella en que es pasivo»; y «una pieza de conocimiento que el discípulo ha adquirido, un problema que él mismo ha resuelto, se convierte, por virtud de la conquista en algo enteramente propio».

18. El gran Agassiz, en su escuela de verano en la isla de Penikese, enseñaba: «Todo conocimiento es individual. El que tengáis una memoria firme no basta, tenéis que asimilar como digerir el alimento. Encontramos los hechos por nosotros mismos y cuando enseñamos, debemos enseñar a nuestros discípulos a encontrar las verdades por sí mismos. La ruina de nuestras escuelas consiste en confundir el hombre con el conocimiento. Por este sistema se deja dormir una clase entera de poderes».

19. Horacio Mann observa: Desgraciadamente, la educación entre nosotros consiste demasiado en decir, no en adiestrar».

20. Quick afirma: «La espontaneidad y la actividad espontánea son las condiciones necesarias bajo las cuales se educa el espíritu en sí mismo y gana poder y confianza».

21. Dice el Dr. William T. Harris: «Puesto que el niño es espontáneamente activo y se desenvuelve solamente mediante el ejercicio de la actividad espontánea, la educación consiste únicamente en llevar al niño a desenvolver este poder de hacer. Todo auxilio que no hace que el discípulo se auxilíe a sí mismo, es excesivo».

22. John Dewey: «La unidad del Yo es la voluntad. La voluntad es el hombre, hablando psicológicamente... Solamente lo que es conveniente para el pleno desenvolvimiento de todos los individuos que forman la sociedad, puede ser conveniente, en todo caso, para la sociedad misma».

23. El Presidente Charles W. Elliot: «El principal interés en la vida del maestro se encuentra en el estudio y desenvolvimiento de las cualidades mentales infinitamente variadas de sus discípulos... El verdadero éxito en hacer a los niños tan semejantes como sea posible».

24. El Presidente David Starr Jordan: «El desenvolvimiento del individualismo en la educación es el rasgo más prometedor en el porvenir social de América».

25. El Presidente William R. Hasper: «El individualismo, la coordinación y la asociación son las llaves del progreso futuro a lo largo de las líneas educativas».

26. El Presidente G. Stanley Hall: «La única seguridad reposa en el estudio, y mejor adaptación en la naturaleza y necesidades del niño. La fuerza está en la individualización. El progreso es ahora la diferenciación».

Examinando minuciosamente los veintiséis criterios apuntados, deducimos, que todos ellos convergen a un mismo fin.

¿Quiénes realizaron los inventos y los descubrimientos que hoy constituyen una era de progreso? Todo obra del niño, Así Pascal, siendo ni-

ño, invento la Geometría, encontrando, él solo, casi todo lo propuesto por Euclides. El niño inglés Stern, halló la relación entre el diámetro y la circunferencia. Mozart, muy niño, compuso hermosas piezas musicales. Santiago Watt, en sus quehaceres infantiles, descubrió la fuerza del vapor. Cristóbal Colón, siendo niño, gustaba de la marina, y poco a poco fué cultivándose en su tierna mente, la idea del gran descubrimiento que realizó.

De la misma manera corren innumerables ejemplos de cómo, el niño solo, investiga, descubre, halla la verdad. Refiere Lessing: «Si el Todopoderoso, teniendo en su mano derecha la verdad y en su mano izquierda la investigación de la verdad, se dignara concederme lo que yo prefiriese, con toda humildad, pero sin vacilación, escogería la indagación de la verdad».

Ahora, piensen concienzudamente los maestros, cuáles son los mejores Programas de Educación Primaria que debemos tener como guía.

HILDEBRANDO SILES GRANADOS

Noticia.—H. S. G., es un maestro ejemplar de escuela rural. Se ha situado a la vanguardia, por sus buenas costumbres, su amor al estudio y al progreso. No hace ruido, desde luego; ni aparenta.

Apóstrofe de nube

Para el selecto espíritu de ANTONIO MÉDIZ BOLIO.

1

Un día miró el hombre hacia la altura
y avivando las chispas de sus ojos,
lanzó por ellos toda la amargura
de la nostalgia por la azul altura
desde su pedestal hecho de abrojos.

Tenue y azul el firmamento era,
el viento se aquietaba adormecido,
y el hombre, viendo la tranquila esfera,
quiso ser ave que volando fuera
a poner su tibieza en ese nido.

¡Subir! ¡Subir!
Acariciar con mano
sedosa los plumones de la nube,
empaparse en la luz del sol cercano,
y traspasar el horizonte humano
mientras dice la Gloria: ¡Sube, sube!

¡Suprema aspiración! Alzar primero
el cuerpo débil sobre débil planta
ante el piadoso y maternal esmero,
luego subir al árbol y al otero,
a la erguida montaña donde canta
el viento su canción para la altura
y destellan las cúspides de hielo,
y por fin, subir más, y en la locura
de la ascensión, sumir la frente impura
en la azulada aspiración del cielo.

¡Subir! ¡Subir! ¡Subir!
La vida humana
es constante jornada hacia la cima:
la misma tumba que la tierra gana,
como la cavidad de la campana
vuelca al viento la música que anima,

2

Un ruino de trueno puso gozo en el alma,
un ruido de trueno que rompía la calma
en que sumida el alma condensaba su anhelo
de cruzar, como el ave, sobre la faz del cielo;
en el aire dos alas agitaron su empeño
—dos alas mitad cálculo, pero mitad ensueño—
y entre las alas iba, sereno y majestuoso,
el hombre, avizorando su rumbo misterioso.

El pájaro subía desbaratando vientos
—pájaro que empollara calor de pensamientos—
y marcando en el cielo sus invisibles huellas
era una cruz enorme signando las estrellas.

Los seres y las cosas absortos admiraron
el nuevo vuelo, y todos su tributo brindaron:
los cóndores del cielo
descendieron al suelo
como si sorprendieran pequeñez en su vuelo.
Ante la humana gloria a la cumbre exaltada
los cielos tremolaron su azul como inviolada
bandera; el sol, sumiso, puso a sus pies la adarga
y vació de su aljaba la diamantina carga.
Todo fué gloria entonce,
la luz chocó en las cimas y rebotó hecha bronce;
todo fué entonces gloria,
la tierra quiso alzarse también a la victoria
y anhelando dos alas que alzaran los barrancos
puso luz en los mares ceñidos a sus flancos.
Un águila errabunda tornó presto a su nido,
dijérase medroso polluelo estremecido,
y alzando la cabeza nostálgica de esfera
sintió en dogal de angustias tornarse su gorguera.

Sólo la nube incólume quedó flotando arriba
perezosa y tardía bajo su henchida giba.
Huir, inútil era,
el pájaro volaba raudo, como si fuera
estrella que enloquece su cósmica carrera.
Huir, inútil era. Buscó entonces la nube
su dardo, y alzó un grito de cólera:
—¿Quién sube?
Y como el hombre siempre su carrería seguía
lanzó un rayo la nube
plegando, con su estruendo, los párpados del día.

Hubo un temblor extraño. Hubo en todo un suspiro;;
se movieron las alas en vacilante giro,
y cuando de las alas descendieron las galas
se alzó el hombre y traía, mecido por las alas,
como un cetro en las manos el rayo refulgente
y una guirnalda de astros titilando en la frente.

Sólo la nube incólume quedó flotando arriba
perezosa y tardía bajo su henchida giba.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

Turrialba. Oct. 1925.



Leopoldo Alas

El día 13 de junio de 1901 moría Leopoldo Alas en Oviedo, suave y serenamente, con la dignidad que constituyera la honda preocupación de su espíritu en el brevísimo otoño de su vida, tan cruelmente truncada. Al sentirse, si no viejo, cerca de la vejez, o lejos de la juventud, escribía en aquella verdadera confesión de los *Cuentos morales*, estas profundas palabras: «Ya lo han dicho muchos escritores insignes: el lado moral de la vida preocupa al hombre amigo de pensar, más que cuando la vida empieza o está en su florecimiento, cuando nos vamos haciendo ricos de experiencia del mundo para aprender a dejarlo dignamente; los jóvenes no saben lo que deben hacer y a los viejos, los que ya saben algo de la vida, lo que más les importa es saber morirse».

Y a fe que *Clarín* supo morirse con la dignidad y entereza con que había vivido: cara al misterio, sin abdicar ante el misterio, que no contemplaba como un abismo. Había laborado y había amado mucho, esclavo sólo de su propia libertad, en la faena de descubridor y de sembrador de verdades—o de ideas profesadas noblemente como verdades o como merecedoras de serlo—y la muerte le encontró prevenido.

Lo veo—¡triste recuerdo!—en su lecho de muerte, con su figura fina, la cabeza apoyada en la almohada, cual si le hubiera sorprendido el sueño en un momento de tranquila melancolía. Iluminaba su rostro, dormido, un gesto amable, el que se dibujara instantes hacía al concentrar la mirada ansiosa en su compañera, la espiritual compañera de sus años de trabajo, que viviera sólo para él, procurándole siempre en el hogar el ansiado refugio contra todo y contra todos. La agonía breve no había descompuesto el rostro del insuperado amigo, que así dejara la vida sin una contorsión, sin un gesto de rebeldía. Leopoldo Alas, confesando en público sus «ensueños de la idea divina», decía: «Mi leyenda de Dios queda, se engrandece, se fortifica, se depura y espero que me acompañe hasta la hora solemne, pero no terrible, de la muerte». Y aquella esperanza se había cumplido.

Impregnada el alma del influjo de Clarín, con el dolor intenso de uno de los más crueles desgarrones de la vida, propúseme dedicar al maestro las mejores horas de reflexión y de estudio de mis años de «Vetusta», entre clase y clase de su amada Universidad, en aquel pueblo del que desapareciera para mí al desaparecer Leopoldo, el más fuerte y espiritual de los atractivos. ¡Qué soledad!, me decía yo tantas veces al advertir su ausencia.

Durante veinte años, salvo quizá en las vacaciones veraniegas que nos dispersaban hacia el mar o hacia el campo, pocos días habrán pasado sin que Alas y yo nos viéramos, paseando y conversando por las calles de Vetusta, por sus poéticos alrededores, y al pie de la hermosa Catedral que Clarín idealizara en *La Regenta*, vivificada espiritualmente en los días del famoso Magistral, bajo el báculo de aquel santo varón, el obispo de vida recogida y apostólica que alguna vez nos había hecho sentir, allá donde debe residir la entraña de la vida, los estremecimientos elevadores del escalofrío místico... Era el obispo aquel un gran orador sagrado, que encendía su elocuencia conmovedora con la llama de una religiosidad intensa y pura, que brotaba espontáneamente de su figura noble, de su mirada penetrante, del ademán solemne, de su amor a Dios y al prójimo.

Cuando llovía, fenómeno harto frecuente en Vetusta, tristona y oscura entonces, juntábamosnos con Félix de Aramburu, el ilustre penalista, y otros amigos, en el caserón del Casino, haciendo nuestro paseo y continuando siempre el diálogo a lo largo—y estrecho—del salón de baile, que Clarín describía pintorescamente como el interior de una mesa de noche tumbada en el suelo... En efecto, parecía que nos movíamos dentro de un gigantesco cajón largo y de escasa altura, resonante y en ocasiones tétrico, porque naturalmente el salón sólo se iluminaba bien en los días solemnes de las fiestas sociales.

Y desde allí, en los momentos de suspensión de nuestros diálogos, por encima del golpear rítmico de nuestras pisadas, oíase a veces la voz de mando de Ronzal, o del que ejerciera las funciones que en *La Regenta* de Clarín se asignan a este histórico personaje, o los choques del billar cercano, amenizados a ratos con el gritar de las disputas sobre cualquier jugada de «carambola» o «palos».

Veinte años de vivir íntimo, de una amistad sin la más leve sombra, veinte años de comunión ideal y de labor en la cátedra y en la ciudad, me habían permitido seguir paso a paso, más aún que en el estudio y el goce de los escritos, la transformación incesante, incristalizada, del espíritu de Leopoldo Alas. ¡Fuera el mayor recreo y el más fecundo entretenimiento de aquellos inolvidables días!

Los hombres superiores

Nada en verdad más atractivo y educador, por elevación, que el contemplar interesado de qué suerte se transforma y se forma, en el remover diario del propio ser y del mundo del pensar y del sentir, el espíritu genial de una de estas raras personalidades originales, «heroicas». Alas fué para mí, durante veinte años, guía y maestro, manantial puro, cristalino, luminoso, sin estiajes; uno de los hombres verdaderamente superiores que me han dado la sensación de fuentes inagotables, hombres de juicio firme, sólido, sereno, aun en los momentos de mayor dificultad y de más rudo apasionamiento o combate.

El más alto favor que un mortal puede deber a la Providencia es que le depare la vida el trato íntimo con hombres verdaderamente superiores, moral y estéticamente superiores, en la conciencia y en el gusto, en razón de su saber, prudencia, juicio, penetración y hasta en razón de su aptitud para el estudio; hombres superiores que, además de prestarnos ayuda, impidiéndonos caer o bajar, nos eduquen en severa modestia por obra del espontáneo contraste, hombres superiores—es mi caso—como Leopoldo Alas, como D. Francisco Giner, que nos obligan a mirar alto siempre, y a los que podamos acercarnos en momentos de crisis, de desánimo, de desconcierto íntimo, de vacilación, de llamadas del prosaísmo o de tragedia espiritual, seguros de encontrar una mano cordial con el consejo o el consuelo, y si, por fortuna, sintiéramos sed, la fuente pura de agua serrana.

La filosofía de Leopoldo Alas

En el recogimiento del recuerdo del maestro perdido comencé mi labor. Quería ordenar mis datos y mis impresiones, y en la composición que me imaginaba me proponía extraer de la vida y de las obras de Leopoldo Alas lo que denominaba con toda con-

ciencia, su filosofía: la filosofía de Leopoldo Alas, o sea la expresión sintética, característica de aquella su compleja y rica personalidad; intentaba interpretar, elevándome a una concepción unitaria, la obra varia y dispersa del escritor y la labor del hombre. El caso era descubrir el motor íntimo, acertar, con el punto de vista comprensivo y esencial, definir la actitud filosófica del maestro con su proceso y sezalar la significación de valor universal de aquella actitud frente a los problemas estéticos y éticos que han constituido las preocupaciones dominantes lo mismo del Clarín de los *Paliques*, que del Clarín de los cuentos y del maestro de la cátedra.

El vigor estético, la fuerza constructiva del crítico, la enjundia creadora del escritor, en *La Regenta* como en *Zurita*, en *Apolo en Pafos* como en *Teresa*, en *El Señor* al igual que *Los Solos*, todo se explica por qué Leopoldo Alas, estilista, humorista, satírico, novelista, pensador, tenía, y lo revelaba pluma en mano, una honda preparación filosófica que, suscitaba en él, a cada instante, la preocupación o la sed de lo absoluto, y con ella las perspectivas de lo inefable.

Me fué imposible llevar adelante mi empeño. Demasiado fresco el dolor, faltaba al principio la serenidad indispensable. Luego, muy pronto, la vida me obligó a tomar derroteros que interrumpieron bruscamente la continuidad y la tensión del esfuerzo, robándome las horas que proyectara dedicar a la tarea reflexiva de desentrañar la filosofía de la obra de Clarín. Y así pasaron los años y la *Filosofía de Leopoldo Alas* no pasó de las primeras notas que por perdidas tenía.

Mas las mismas peripecias de la vida arrancáronme, ya viejo, pero no vencido, de las labores absorbentes de la acción, cerca de las funciones de gobierno, y al sentirme libre y casi solo conmigo mismo, vuelve la *Filosofía de Leopoldo Alas* a solicitar el espíritu. E incita a ello, además, el ambiente. Clarín, olvidado como tantos otros grandes valores del gran siglo XIX, renace. Frecuentemente se producen serias indicaciones de curiosidad intelectual encaminadas a revisar a la luz de ahora, que no será la de 1900, la significación estética y esencial del autor de *La Regenta*, de *Doña Berta*, de los *Cuentos* y de los *Paliques*. Proyéctase perpetuar en Oviedo, en la querida Vetusta, la memoria del gran crítico y maestro, con recuerdo asentado allá en los jardines del Campo de San Francisco, que él gozara como pocos... Colmaría mi ambición de hombre que tiene la manía, que no llamaré «funesta», de escribir, si me fuera dable contribuir modestamente, como me corresponde, a este renacer del interés por la obra de Clarín.

ADOLFO POSADA

(De *La Nación*, Buenos Aires).



El homenaje a "Clarín"

Días pasados, en el Norte de España, hice un breve viaje, uno de tantos viajes, de San Sebastián a Hendaya. En el corto paseo por los andenes de la estación, antes de ascender al coche, me detuve ante la locomotora. La vista de la máquina—que yo ya conocía—tornó a causarme la misma impresión de otras veces: impresión de melancolía. Esa locomotora que yo tenía ante los ojos representaba para mí treinta años de literatura. Y se comprendía, en esta evocación literaria, las letras antiguas de España y las letras modernas. Y dentro de las letras modernas, la locomotora me hacía recordar, singularmente, uno de los hombres más eminentes del pensamiento español contemporáneo. «¡Cuántas cosas — exclamará tal vez, incrédulo y socarrón, el lector; — cuántas cosas hace recordar una locomotora! ¡Y cosas literarias!» Y cosas literarias, sí, lector. La locomotora era vieja; se la utiliza sólo en trenes cortos y lentos. En el negro cilindro de su caldera, unas letras doradas, dentro de un dorado filete de cobre, decían: *Tirso de Molina*. Otras locomotoras, análogas a ésta, llevan los nombres de Moreno Nieto, Churruca, Murillo, Jorge Juan.

La locomotora *Tirso de Molina* ha inspirado una de las páginas más bellas de la literatura española moderna. Una madrugada invernal, nivosa, en el puerto de Pajares, caen del cielo, por acaso, cuatro o seis personajes ilustres; uno de ellos es Tirso de Molina. La negrura de la noche, la niebla y la nieve, no les dejan ver el camino; pero entre las sombras advierten dos largos trazos que relucen: son los rieles del camino de hierro. Los ilustres fantasmas no aciertan a comprender para qué sirven aquellos dos largos, interminables, pedazos de hierro. Y estando discutiendo, entre la niebla, en el silencio pavoroso de la noche, se oye un espantable rugido y se ve avanzar un monstruo con unos anchos ojos blancos y rojos. Quedan todos los insignes personajes perplejos y asombrados. De pronto, el autor del *Burlador de Sevilla* se acerca un poco al temeroso monstruo y lee en su negra panza: *Tirso de Molina*. Y puede imaginar el lector el asombro que a Gabriel Téllez le produce el descubrimiento de su nombre en el vientre de la terrible alimaña, y la conversación—interesantísima—que entre los eminentes personajes se entabla con objeto de aclarar este misterio.

El cuento *Tirso de Molina* figura en uno de los volúmenes de cuentos de *Clarín*. De *Clarín* no se ha recogido todo en volúmenes. La serie de sus obras completas que se comenzó a publicar, es deplorable. En la colección de *Madrid Cómico*, por ejemplo, existen muchísimos trabajos de Alas que merecerían ser recogidos y ordenados. En el *Madrid Cómico* se publicó uno de los más curiosos trabajos de *Clarín*: su relato de un imaginado homenaje a Campoamor. (Número del 17 de febrero de 1894).

El presidente del Consejo, D. Antonio Cánovas del Castillo, ha decidido que se le tribute un gran homenaje nacional al ilustre poeta. La aristocracia española—cosa no muy verosímil—se asocia al homenaje. Llega a la estación del Norte, en Madrid, Campoamor, en un coche en que le acompañan la señora de Cánovas, la duquesa de Alba y doña Emilia Pardo Bazán. D. Antonio Cánovas del Castillo está ya en los andenes esperando. Multitud de aristócratas y literatos, señoras y caballeros, llenan los coches del tren. El viaje es agradable. En Oviedo espera a los viajeros una muchedumbre inmensa. Una voz grita: «¡A la Catedral!», y todos se ponen en marcha hacia la bella Catedral ovetense. Quien ha dado la voz ha sido el senador por la Universidad de Oviedo: D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Campoamor no se acuerda apenas de su tierra. Levante, el mar latino, las riberas del Mediterráneo, le han hecho perder la memoria de Asturias. Y ahora siente resurgir en su corazón el amor a esta tierra asturiana, tan hermosa, romántica por la geología—dice *Clarín*—y virgiliana en la sobrehaz. Campoamor, que no ha descrito nunca el paisaje de Asturias, promete hacerlo en un poema próximo. Las fiestas que en Oviedo se celebran en honor de Campoamor son espléndidas. Se organiza una expedición a Covadonga. Y al final del artículo, en Covadonga, Cánovas anuncia que el año próximo, se celebrará en la histórica cueva otro homenaje, otro homenaje nacional, y éste en honor a Castelar. Castelar—cosa grandiosa—hablará de España, de la España de todos los siglos posteriores a la Reconquista, desde la cuna de la nacionalidad española.

Leopoldo Alas sentía predilección por Campoamor. En el *Madrid Cómico* del 20 de enero de 1894, hablando de Campoamor y Núñez de Arce, escribe: «Los dos son primeros; Núñez de Arce, primero de la derecha, por ejemplo, y Campoamor, primero de la izquierda». Y añadía *Clarín*: «Y yo soy zurdo». Sí; él era de Campoamor. Le ligaba a Campoamor una evidente analogía en la contextura del espíritu. En Campoamor no existe ni color ni música. En 1840 se publican dos libros que llevan el mismo sencillo título: *Poesías*. El uno es de Espronceda; el otro, de Campoamor. ¡Y qué inmensa distancia entre uno y otro! Espronceda es todo musicalidad y color; su poema *La noche* es una estupenda maravilla de musicalidad; no existe ejemplo más alto en nuestro Parnaso; diríase un nocturno de Chopin. Las palabras llegan en su melodía a lo supremo. En Campoamor no hay más que ideas, conceptos, sentimiento limpio, fino, de una intensidad de emoción extraordinaria. La idea abstracta, el concepto, la emoción en el sentir, es precisamente la nota dominante en *Clarín*.

Alas, tras la forma externa de las cosas, más allá del color y de la música, busca la esencia de la idea. Y ese sentido del mundo,

esa lección de moral y de psicología que él descubre, la expresa en símbolos amenos e ingeniosos: sus cuentos, sus admirables cuentos.

Se habla de un homenaje a *Clarín*. Deben cooperar a ese acto jóvenes y viejos. Pudo tener alguna inadvertencia Alas—como en el caso de Rubén Darío;—pero *Clarín* fué quien amparó en sus primeros pasos a muchos jóvenes escritores. Podríamos citar muchos.

«Oviedo—escribe *Clarín* en su fantasía sobre Campoamor,—Oviedo, que podría ser una Atenas en pequeño sin la oposición de cierto elemento seudo-levítico, y sin la apatía para lo estetico y lo científico de cierto elemento rico y nuevo...» Oviedo debe honrar a *Clarín*. Los elementos conservadores no pueden oponerse a que se enaltezca la memoria de quien ha escrito—en *Un discurso*, en *Ensayos y revistas*—tan soberbias páginas sobre el sentimiento religioso y la unidad católica en España. Y en cuanto a los otros elementos—los nuevos ricos,—el mismo *Clarín*, pocas líneas más abajo de las citadas, escribe, hablando, no de esos nuevos ricos, sino de la burguesía ovetense: «Las clases acomodadas en Oviedo son amables, rumbosas y ricas».

Ha llegado la ocasión de demostrarlo *una vez más*.

AZORÍN

(A B C, Madrid).

La muerte de Isolda

Concluía el primer acto de *Tristán e Isolda*. Cansado de la agitación de ese día, me quedé en mi butaca, muy contento de mi soledad. Volví la cabeza a la sala, y detuve en seguida los ojos en un palco bajo.

Evidentemente, un matrimonio. El, un marido cualquiera, y tal vez por su mercantil vulgaridad y la diferencia de años con su mujer, menos que cualquiera. Ella, joven, pálida, con una de esas profundas bellezas que más que en el rostro,—aun bien hermoso—residen en la perfecta solidaridad de mirada, boca, cuello, modo de entrecerrar los ojos. Era, sobre todo, una belleza para hombres, sin ser en lo más mínimo provocativa; y esto es precisamente lo que no entenderán nunca las mujeres.

La miré largo rato a ojos descubiertos porque la veía muy bien, y porque cuando el hombre está así en tensión de aspirar fijamente un cuerpo hermoso, no recurre al arbitrio femenino de los anteojos.

Comenzó el segundo acto. Volví aún la cabeza al palco, y nuestras miradas se cruzaron. Yo, que había apreciado ya el encanto de aquella mirada vagando por uno y otro lado de la sala, viví en un segundo, al sentirla directamente apoyada en mí, el más adorable sueño de amor que haya tenido nunca.

Fué aquello muy rápido: los ojos huyeron, pero dos o tres veces, en mi largo minuto de insistencia, tornaron fugazmente a mí.

Fué asimismo, con la súbita dicha de haberme soñado un instante su marido, el más rápido desencanto de un idilio. Sus ojos volvieron otra vez, pero en ese instante sentí que mi vecino de la izquierda miraba hacia allá, y después de un momento de inmovilidad por ambas partes, se saludaron.

Así, pues, yo no tenía el más remoto derecho a considerarme un hombre feliz, y observé a mi compañero. Era un hombre de más de treinta y cinco años, de barba rubia y ojos azules, de mirada clara y un poco dura, que expresaba inequívoca voluntad.

—Se conocen—me dije—y no poco.

En efecto, después de la mitad del acto mi vecino, que no había vuelto a apartar los ojos de la escena, los fijó en el palco. Ella, la cabeza un poco echada atrás, y en la penumbra, lo miraba también. Me pareció más pálida aún. Se miraron fijamente, insistentemente, aislados del mundo en aquella recta paralela de alma a alma que los mantenía inmóviles.

Durante el tercero, mi vecino no volvió un instante la cabeza. Pero antes de concluir aquél, salió por el pasillo lateral. Miré al palco, y ella también se había retirado.

—Final de idilio—me dije melancólicamente.

El no volvió más, y el palco quedó vacío.

. . . .

—Sí, se repiten—sacudió largo rato la cabeza. — Todas las situaciones dramáticas pueden repetirse, aún las más inverosímiles, y se repiten. Es menester vivir, y usted es muy muchacho... Y las de su *Tristán* también, lo que no obsta para que haya allí el más sostenido alarido de pasión que haya gritado alma humana... Yo quiero tanto como Vd. a esa obra, y acaso más... No me refiero, querrá creer, al drama de *Tristán*, y con él las treinta y seis situaciones del dogma, fuera de las cuales todas son repeticiones. No; la escena que vuelve como una pesadilla, los personajes que sufren la alucinacion de una dicha muerta, es otra cosa... Usted asistió al preludio de una de esas repeticiones... Sí, ya sé que se acuerda... No nos conocíamos con usted entonces... ¡Y precisamente a usted debía de hablarle de esto! Pero juzga mal lo que vió y creyó un acto mío feliz... ¡Feliz!... Oigame. El buque parte dentro de un momento, y esta vez no vuelvo más... Le cuento esto a usted, como si se lo pudiera escribir, por dos razones: Primero, porque usted tiene un parecido pasmoso con lo que era yo entonces—en lo bueno únicamente, por suerte.—Y segundo, porque usted, mi joven amigo, es perfectamente incapaz de pretenderla, después de lo que va a oir. Oigame:

La conocí hace diez años, y durante los seis meses que fuí su novio, hice cuanto estuvo en mí para que fuera mía. La quería mucho, y ella, inmensamente a mí. Por esto cedió un día, y desde ese instante mi amor, privado de tensión, se enfrió.

Nuestro ambiente social era distinto, y mientras ella se embriagaba con la dicha de poseer mi nombre, yo vivía en una esfera de mundo donde me era inevitable flirtear con muchachas de apellido, fortuna, y a veces muy lindas.

Una de ellas llevó conmigo el flirteo bajo parasoles de garden party a un extremo tal, que me exasperé y la pretendí seriamente. Pero si mi persona era interesante para esos juegos, mi fortuna no alcanzaba a prometerle el tren necesario, y me lo dió a entender claramente.

Tenía razón, perfecta razón. En consecuencia flirteé con una amiga suya, mucho más fea, pero infinitamente menos hábil para estas torturas del tête-a-tête a diez centímetros, cuya gracia exclusiva consiste en enloquecer a su flirt, manteniéndose uno dueño de sí. Y esta vez no fuí yo quien se exasperó.

Seguro, pues, del triunfo, pensé entonces en el modo de romper con Inés. Continuaba viéndola, y aunque no podía ella engañarse sobre el amortiguamiento de mi pasión, su amor era demasiado grande para no iluminarle los ojos de felicidad cada vez que me veía llegar.

La madre nos dejaba solos; y aunque hubiera sabido lo que pasaba, habría cerrado los ojos para no perder la más vaga posibilidad de subir con su hija a una esfera mucho más alta.

Una noche fuí allá dispuesto a romper, con visible malhumor, por lo mismo. Inés corrió a abrazarme, pero se detuvo, bruscamente pálida.

—¿Qué tienes?—me dijo.

—Nada—le respondí con sonrisa forzada, acariciándole la frente. Ella

dejó hacer, sin prestar atención a mi mano y mirándome insistentemente. Al fin apartó los ojos contraídos y entramos en la sala.

La madre vino, pero sintiendo cielo de tormenta, estuvo sólo un momento y desapareció.

Romper, es palabra corta y fácil; pero comenzarlo...

Nos habíamos sentado y no hablábamos. Inés se inclinó, me apartó la mano de la cara y me clavó los ojos, dolorosos de angustioso examen.

—¡Es evidente!...—murmuró.

—¿Qué?—le pregunté fríamente.

La tranquilidad de mi mirada le hizo más daño que mi voz, y su rostro se demudó:

—¡Que ya no me quieres!—articuló en una desesperada y lenta oscilación de cabeza.

—Esta es la quincuagésima vez que dices lo mismo—respondí.

No podía darse respuesta más dura; pero yo tenía ya el comienzo.

Inés me miró un rato casi como a un extraño, y apartándome bruscamente la mano con el cigarro, su voz se rompió:

—¡Esteban!

—¿Qué?—torné a repetir.

Esta vez bastaba. Dejó lentamente mi mano y se reclinó atrás en el sofá, manteniendo fijo en la lámpara su rostro lívido. Pero un momento después su cara caía de costado bajo el brazo crispado al respaldo.

Pasó un rato aún. La injusticia de mi actitud—no veía en ella más que injusticia—acrecentaba el profundo disgusto de mí mismo. Por eso cuando oí, o más bien sentí, que las lágrimas brotaban al fin, me levanté con un violento chasquido de lengua.

—Yo creía que no íbamos a tener más escenas—le dije paseándome.

No me respondió, y agregué:

—Pero que sea ésta la última.

Sentí que las lágrimas se detenían, y bajo ellas me respondió un momento después:

—Como quieras.

Pero en seguida cayó sollozando, sobre el sofá:

—¡Pero qué te he hecho! ¡Qué te he hecho!

—¡Nada!—le respondí.—Pero yo tampoco te he hecho nada a ti... Creo que estamos en el mismo caso. ¡Estoy harto de estas cosas!

Mi voz era seguramente mucho más dura que mis palabras. Inés se incorporó, y sosteniéndose en el brazo del sofá, repitió, helada:

—Como quieras.

Era una despedida. Yo iba a romper, y se me adelantaban. El amor propio, el vil amor propio tocado a vivo, me hizo responder:

—Perfectamente... Me voy. Que seas más feliz... otra vez.

No comprendió, y me miró con extrañeza. Yo había ya cometido la primer infamia; y como en esos casos, sentí el vértigo de enlodarme más aún.

—¡Es claro!—apoyé brutalmente.—Porque de mí no has tenido queja... ¿no? Es decir: te hice el honor de ser tu amante, y debes de estarme agradecida.

Comprendió más mi sonrisa que mis palabras, y mientras yo salía a buscar mi sombrero en el corredor, su cuerpo y su alma entera se desplomaban en la sala.

Entonces, en ese instante en que crucé la galería, sentí intensamente lo que acababa de hacer. Aspiración de lujo, matrimonio encumbrado, todo me resaltó como una llaga en mi propia alma. Y yo, que me ofrecía en subasta a las mundanas feas con fortuna, que me ponía en venta, acababa de cometer el acto más ultrajante, con la mujer que nos ha querido demasiado... Flaqueza en el Monte de los Olivos, o momento vil en un hombre que no lo es, llevan al mismo fin: ansia de sacrificio, de reconquista más alta del propio valer. Y luego, la inmensa sed de ternura, de borrar beso tras beso las lágrimas de la mujer adorada, cuya primera sonrisa tras la herida que le hemos causado, es la más bella luz que pueda inundar un corazón de hombre.

¡Y concluído! No me era posible ante mí mismo volver a tomar lo que acababa de ultrajar de ese modo: ya no era digno de ella, ni la merecía más. Había enlodado en un segundo el amor más puro que hombre alguno haya sentido sobre sí, y acababa de perder con Inés la irreencontrable felicidad de poseer a quien nos ama entrañablemente.

Desesperado, humillado, crucé por delante de la sala, y la ví echada sobre el sofá, sollozando el alma entera entre sus brazos.

¡Inés! ¡Perdida ya! Sentí más honda mi miseria ante su cuerpo, todo amor, sacudido por los sollozos de su dicha muerta. Sin darme cuenta casi, me detuve.

—¡Inés! dije.

Mi voz no era ya la de antes. Y ella debió notarlo bien, porque su alma sintió, en aumentos de sollozos, el desesperado llamado que le hacía mi amor,—esa vez sí, inmenso amor!

—No, no...—me respondió—es demasiado tarde!

....

Padilla se detuvo. Pocas veces he visto amargura más seca y tranquila que la de sus ojos cuando concluyó. Por mi parte, no podía apartar de mi memoria aquella adorable belleza del palco, sollozando sobre el sofá...

—Me creerá—reanudó Padilla—si le digo que en mis insomnios de soltero descontento de sí mismo, la he tenido así ante mí... Salí enseguida de Buenos Aires sin ver casi a nadie, y menos a mi flirt de gran fortuna... Volví a los ocho años, y supe entonces que se había casado, a los seis meses de haberme ido yo. Torné a alejarme, y hace un mes regresé, bien tranquilizado ya, y en paz.

No había vuelto a verla. Era para mí como un primer amor, con todo el encanto dignificante que un idilio virginal tiene para el hombre hecho, que después amó cien veces... Si usted es querido alguna vez como yo lo fuí, y ultraja como yo lo hice, comprenderá toda la pureza que hay en mi recuerdo.

Hasta que una noche tropecé con ella. Sí, esa misma noche en el teatro... Comprendí, al ver al opulento almacenero de su marido, que se había precipitado en el matrimonio, como yo al Ucayali... Pero al verla otra vez, a veinte metros de mí, mirándome, sentí que en mi alma, dormida en paz, surgía sangrando la desolación de haberla perdido, como si no hubiera pasado un solo día de esos diez años. ¡Inés! Su hermosura, su mirada,—única entre todas las mujeres,—habían sido mías, bien mías, porque me habían sido entregadas con adoración. También apreciará usted esto algún día.

Hice lo humanamente posibe para olvidar, me rompí las muelas tratando de concentrar todo mi pensamiento en la escena. Pero la prodigiosa partitura de Wagner, ese grito de pasión enfermante, encendió en llama viva lo que quería olvidar. En el segundo o tercer acto no pude más y volví la cabeza. Ella también sufría la sugestion de Wagner, y me miraba. ¡Inés, mi vida! Durante medio minuto su boca, sus manos, estuvieron bajo mi boca y mis ojos, y durante ese tiempo ella concentró en su palidez la sensación de esa dicha muerta hacía diez años. ¡Y Tristán siempre, sus alaridos de pasión sobrehumana, sobre nuestra felicidad yerta!

Me levanté entonces, atravesé las butacas como un sonámbulo, y avancé por el pasillo aproximadamente a ella sin verla, sin que me viera, como si durante diez años no hubiera yo sido un miserable...

Y como diez años atrás, sufrí la alucinación de que llevaba mi sombrero en la mano e iba a pasar delante de ella.

Pasé, la puerta del palco estaba abierta, y me detuve enloquecido. Como diez años antes sobre el sofá, ella, Inés, tendida ahora en el diván del ante palco, sollozaba la pasión de Wagner y su felicidad deshecha.

¡Inés!... Sentí que el destino me

colocaba en un momento decisivo. ¡Diez años!... ¿Pero habían pasado? ¡No, no, Inés mía!

Y como entonces, al ver su cuerpo todo amor, sacudido por los sollozos, la llamé:

—¡Inés!

Y como diez años antes, los sollozos redoblaron, y como entonces me respondió bajo sus brazos:

—No, no... ¡Es demasiado tarde!...

HORACIO QUIROGA

(Del tomo *Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte*, Editorial BABEL. Buenos Aires. 1925).

El invierno

Cordialmente, a CARLOS LUIS SÁENZ.

VER, hacer de los ojos una placa sensible que copia todo lo que abarca. Así, sin llevar al alma lo que vemos, es un deleite mirar la lluvia: las calles son espejos ondulantes; caen hilos de perlas y más hilos y más perlas. Tiembla el follaje con una frescura que encanta los ojos. Los transeuntes se acogen a la paz de los aleros. La tibieza está dentro, lo crudo afuera.

Si pensamos en lo que vemos, ahora que llueve, se desvanecerá el placer de las pupilas. Ya no tendremos en la lluvia un mero espectáculo bien agradable, ni una necesidad para los sembrados, sino algo que nos habla de llanto y de tristeza. No pensemos en los habitantes de las ciudades, ni en los que viven en la agrupación de los pueblos, sino en aquellos que viven más alejados, en ranchos de hojas que deshilacha el viento y en covachas que la humedad va deshaciendo. Aquellos que trabajan con rudeza hoy, para tener mañana un pedazo de pan, apenas el necesario. Esos sí se quejan con el invierno—que les resta su siempre escaso salario—; pero no oímos sus quejas, porque el ruido del agua, al caer, no nos permite percibirlas.

Y entonces falta el pan en la mesa y la lana para abrigarse y hasta la sonrisa—esa divina caricia—huye de las bocas...

Y perdiéndose en el trueno que retumba, hay muchas congojas de hombres, muchos corazones desgarrados de mujeres y mucho llanto de niños que tienen las carnecitas heladas...

CLARA DIANA

San José de Costa Rica, 1925.

Los dramas de Florencio Sánchez

FLORENCIO Sánchez: 17 de enero de 1875, 23 de noviembre de 1910. Nació en Montevideo y murió en Milán. Principales dramas: *Los Muertos, M'hijo el Dotor, Nuestros Hijos, Los Derechos de la Salud, En Familia, Barranca Abajo, La Gringa.*

Vivió ignorado hasta 1903, año en que se estrenó con un éxito enorme *M'hijo el Dotor*. Empezó a trabajar a los 14 años haciendo crónicas policiales. A los 18 años trabajó en la Oficina Antropométrica de La Plata. Allí escribió su primer trabajo literario, un cuento (1893). Ya en Buenos Aires, hizo vida de bohemio; vestía mal, comía poco y bebía. De vez en cuando escribía un drama en las hojas de telegrama que podía robar, después lo vendía en unos cuantos pesos que inmediatamente gastaba. Después de su triunfo de 1903 su situación se hizo mejor, su espíritu inquieto y aventurero lo llevó a Europa. Murió en Milán.

De los que fueron sus amigos (Martínez Cuitiño, Joaquín de Vedia, Doello Jurado, Monteavaro), esperamos la biografía completa de Sánchez. La obra de este gran dramaturgo debe ocupar la atención de los críticos americanos de hoy. Ninguna Historia de la Literatura Hispano Américana menciona el nombre de este escritor, el más grande de su patria y tal vez de todo el continente.

Características del teatro de Florencio Sánchez

Las características principales del teatro de Florencio Sánchez son: Intensidad dramática, pintura exacta y real de los caracteres, estilo preciso y pintoresco, conflicto entre la tradición y el progreso, (lo que Sarmiento llamaría injustamente entre la civilización y la barbarie), poesía de la tierra gauchesca; propaganda en contra de las sociedades de beneficencia, hospicios, etcétera, es decir, en contra de la hipocresía organizada; propaganda en contra de la justicia mal administrada, etc. etc. Triunfo de la Bondad. Claro está que un teatro de estas tendencias ha de ir en contra de gran parte de nuestra sociedad contemporánea. Todos los opresores, los rutinarios, los zánganos sociales, encontrarán en estas obras la fuerte censura de un espíritu libre y amante de la noble vida. Por el contrario, los originales, los buenos, las pobres víctimas de la ciudad moderna hallarán en estos dramas un defensor. Los hombres sin voluntad, los que van barranca abajo siendo buenos, los MUERTOS, en una palabra, tienen la absoluta comprensión de un hombre piadoso que sufrió también muchas injusticias. Por estas razones su teatro ha sido muy combatido y muy ensalzado. Algunos críticos le han acusado de revolucionario y otros de apóstol. De todos modos Sánchez ha hecho una obra de renovación.

Sánchez en América

Florencio Sánchez es de todos los dramaturgos de nuestro continente el más americano. Nacido en Uruguay, como escritor pertenece a la República Argentina; aún más, pertenece a la América. La Argentina es el único país de Sud América que haya podido desarrollar un teatro genuinamente nacional. El teatro gauchesco ha sido la base de este teatro de hoy, que se aleja de las complicaciones y rebuscamientos psicológicos del drama europeo de nuestros días. Sus temas no son el resultado de una sociedad decadente sino producto de pasiones primitivas en el roce constante de la vida cotidiana, de la diferente manera de comprender la vida, de la fatalidad criolla, de la lucha entre el capital y la esclavitud, etc. etc.

Después del estreno de *M'hijo el Dotor* Sánchez ha sido el dramaturgo más popular de la Argentina. Desgraciadamente en los otros países gusta más el fácil verbalismo poético de Eduardo Marquina, la sátira de Benavente, el humor de los hermanos Quintero. ¡Y, cosa incomprensible! en países como Venezuela y el Perú, todavía se estima preferentemente la obra melodramática de Echegaray y las tiradas líricas de Francisco Villaespesa. En España sólo Tallaví ha tenido el genio necesario para interpretar dignamente a este gran drumaturgo. Muerto en 1910, Sanchez es demasiado reciente para ser apreciado en todo su valor. Además, como todavía tenemos el rubor de proclamar nuestros valorés reales, no podemos hablar dignamente de estos hombres excelsos que se llaman Darío, Rodó, Sánchez, y aplicarles los adjetivos que hasta hoy hemos reservado para Ibsen, Hugo, France, etc.

Sánchez e Ibsen

Quiero apuntar aquí que el teatro de Sánchez está bajo la influencia de Ibsen. *Los Muertos, Los Derechos de la Salud*, son dramas que por lo sombrío de su atmósfera y por sus finales desesperadamente trágicos nos recuerdan al dramaturgo noruego. Como Ibsen, este sudamericano ha puesto sus mejores esfuerzos en el teatro de tesis. La herencia, los derechos de la mujer, los problemas sociales, y hasta la locura, son temas de ambos escritores. Y acaso estos dos sean los únicos dramaturgos modernos que hayan penetrado hasta el fondo de la psicología contemporánea sin violentarla ni mistificarla. Señalo aquí un problema de literatura comparada que nuestros eruditos pueden profundizar.

Sánchez y Galdós

Hay una gran similitud entre estos dos escritores. Parece que el momento histórico de ambos hubiera sido el mismo, por cuanto se ocupan de problemas que sólo pueden producirse en medios semejantes y en momentos definidos. Tomemos un drama de Sánchez y una novela de Galdós: *En Familia* y *Gloria*, por ejemplo. En ambos hallamos el recio carácter de un hombre

que trata de encaminar a su familia por el recto camino; la rutina y las convenciones sociales tratan de destruir al hombre original, los zánganos sociales y los parientes parásitos tienen un papel preponderante en los dos libros. Ahora la manera de desarrollar esta lucha entre la maldad y la bondad, en todas sus mínimas graduaciones, en toda su terrible crudeza, es la misma en los dos autores. Un estudio comparado de la influencia sociológica de estos escritores sería de gran utilidad.

Acaso sea también útil comparar los dramas de Sánchez con los de Echegaray, especialmente con los últimos, pero como el dramático español está también bajo la influencia de Ibsen, este estudio tendría importancia secundaria.

ARTURO TORRES RIOSECO

University of Texas,
Austin, Texas. U. S. A.

Del libro de próxima publicación: *Intenciones.*

Cordicocolia

La cordicocolia es un rito de los más primitivos en las sociedades humanas. Pertenece a esa clase de ellos que los etnólogos han agrupado bajo el título de «Magia homeopática del régimen carnívoro».

En el sudeste africano, los Bassoutas se comían el corazón de sus hombres más valientes. Asimismo, en el Ibadun, gran ciudad del Lagos, el soberano que ascendía al trono lo hacía por haberse engullido religiosamente la víscera cordial de su antecesor, siendo sinónimo, en ese lugar, de «El soberano reina—Ha comido al rey».

En Grecia también hubo el culto al corazón de Dionisos, en vista del sacrificio hecho por Júpiter de su hijo.

Otros pueblos de tejido cultural rudimentario comían el corazón no ya de hombres sino de animales. Del león, del oso, del lobo. Una eucaristía así poseyeron los Aztecas en su ceremonia llamada Teocualo, denominando el manjar con el nombre de Huitzicopochtli.

Es, por consiguiente, la cordicocolia un rito de ascendencia viejísima. Un rito fundado en la magia, homeopática, de creer que ciertas virtudes envidiables en un ser podían ser trasmitidas a otro simplemente por vía digestiva.

En las sociedades modernas ha previvido esta magia más de lo que se cree. En muchos mataderos españoles se da todavía a beber la sangre borbollante del toro recién apuntillado a pobres anémicos que la sorben con una unción fanática. La medicina popular está llena de esta magia homeopática, no sólo en España sino en todos los pueblos del mundo. Y aun la medicina científica en sus aplicaciones farmacopeicas se resiente muchísimo de esa creencia fundamental. Que consiste en suponer una pluralidad de simpatías radioactivas repartidas por la naturaleza como un puzzle y a las que el hombre debe descubrir y organizar, casándolas entre sí. Por eso en la Edad Media—y no hay que decir en la antigua—el herbolario estaba ungido de taumaturgia, era un sacerdote, en manejos habituales y secretos con un mundo invisible de fuerzas y de virtualidades divinas. Por eso, la aplicación de ciertas yerbas a una herida, la piel de un animal a un tumor, el diente de un niño a una preñada, se acompañaba de emoción solemne, de catarsis religiosa, de fervor atónito.

La base del catolicismo reposa en este concepto mágico del régimen carnívoro.

La eucaristía católica no se diferencia de la de los Aztecas más que en un progreso no muy excesivo de simbolismo. En vez de masticar el trémulo corazón sanguinolento del Señor deja el católico diluirse en su boca una redonda pasta que supone contenerlo, como una tableta de aspirina Bayer contiene un comprimido de paz para las venas alborotadas de fiebre. Los protestantes rechazaron la eucaristía con toda su repugnancia. Gente rubia, braquicéfala, con gran capacidad de abstracción, eliminaron todo lo que de rito primitivo y melanoide yacía en la comunión católica. Además, ese simbolismo, quitada la parte material, no les podía convencer tampoco mucho a sus instintos, de razas nietzscheanas, poco aptas para ansiar la transustanciación de dulzura, mansedumbre y renuncia de la vida, que prometía el cuerpo de Jesús.

El rito de la eucaristía en España se adoptó desde el primer momento con una fuerza asombrosa. Fué el único país que creó todo un arte dramático sobre él, revelando con ello un apetito de divinidad excepcional. Pero no el apetito del panteísta, ni del franciscano, ni el de los místicos e iluminados del seiscientos, sino el apetito inmediato del jesuíta que exigía satisfacción tangible, saboreo y fruición palpable.

El auge de este rito en España coincidió con el principio de la decadencia política del país. Los grandes autos eucarísticos de Calderón son del XVII. Y del XVII, la mejor organización de la fiesta del Corpus Christi, cuya solemnidad se perpetúa aún misteriosa, tenazmente.

Sin embargo, los atributos del Dios eucarístico del XVII, eran todavía energéticos y encendidos. Desde luego no los que más tarde habían de constituir el otro mito de régimen carnívoro fundado por el padre La Colombière en Francia y acogido con tan asombrosa voracidad por nuestro país. Me refiero al que con el nombre de Culto al Sagrado Corazón de Jesús viene España ejercitando desde unos lustros acá, férvidamente.

Esta última e inusitada fiesta que bajo el patronato del Cerro de los Angeles ha celebrado este Año Santo la nación, marca una época cultural, que no debemos dejar pasar inadvertida. El monumento del Cerro de los Angeles se elevó hace seis años, esto es, a los pocos de terminar la gran guerra y en el momento en que Rusia chisporroteaba por Europa sus teas rojas y en que nuestros capitalistas se disponían a trasegar tranquilamente el botín recogido en la contienda de los demás.

Ya tienes el trono que a España pedías.
Desciende a tu solio y empieza a reinar,

dijo el Padre Risco aquella memorable mañana del 30 de Mayo en nombre del espíritu oficial del país.

«Gloria, Amor, Reparación», ponía en todas las estampas prendidas en las colgaduras nacionales de Madrid, hace poco. Esas estampas que daban al pronto la impresión de una bien lograda radiografía en cromo, repartida como anuncio. Pero que luego, pasado el pronto, si uno se sentía etnógrafo, impresionaba como un ídolo churinga.

Aquel corazón flamante, vesubiano, rodeado de alígeros y de sustantivos autoritarios. «Gloria, Amor, Reparación». De los cuales era el de *Reparación* el que más empinaba la orden de sus letras.

¿Reparación, de qué?

En un libro de un padre cuyo nombre no recuerdo, publicado hace dos o tres años, sobre el esoterismo del Corazón de Jesús, se le proponía a este Sagrado Corazón como la mayor víctima del dislocamiento social originado por la codicia y la frivolidad de las clases intelectual y proletaria, sobre todas las otras clases españolas. «Que Jesús reine en el taller, en el laboratorio, en la fábrica y en la biblioteca». «Que todo sea mansedumbre, paz y concordia».—recuerdo que decía el librito aludido, como resumiendo su tesis esotérica.

De modo que la «Gloria, el Amor y la Reparación» de las estampas cordicocólicas, no podían ir endere-

zadas sino a ese par de clases indisciplinadas y fogosas de la nación. Y el Corazón ardiente de amor, de paz y de tranquilidad, rodeado de alívolos, no podía significar más que una invitación a esta nueva eucaristía, a este menú cordial, para que la gracia mansa de Jesús inundase las conciencias indispuestas a la magia homeopática.

Los Bassoutas se ungían el estómago con la víscera de sus reyes y sacerdotes ansiando su valor, su fuerza, su coraje y su primacía.

Los Nauzos y los Siux de Nueva Granada, se desbocaban por los corazones del león que tenía el poder; del lobo, la ferocidad; del oso, la tenacidad.

Nosotros los españoles de hoy exaltamos el de Jesús. Y con él la dulzura, la suavidad, el beato frotarse de manos, del sosiego. *Pau, pau y siempre pau.*

Creen por ahí, fuera de España, que somos un pueblo romántico, turbulento, irascible, guerrero y agresivo, que andamos a tiros por las carreteras y las calles de las ciudades. Un idustrial amigo mío, ha tenido unos meses sin arreglar una máquina porque el mecánico no se atrevía a entrar en España, temeroso de cualquier grave desgracia.

Un corresponsal francés me contaba hará poco que no se imaginaba desde París a los generales del Directorio tan afables, sencillos y suavemente corteses.

Ni el mecánico ni el corresponsal francés sabían el ideal religioso que acariciaban oficialmente nuestros representantes gubernativos.

Pau, pau, pau. Unas manos adorablemente acogedoras tendidas sobre el haz de España. Una víscera radiante, nostálgica de reparación. Un ideal de cordicolia... ¡Cordicocolia!

Entramos en la era budhista de España.

En la era más espiritual de España, más inefable, pacífica y dulce de España.

¡Cordicocolia! ¡Ay de los que huyen de este país que creen tiránico y duro!

¡Cordicocolia! Lobos en corderos...

Sí, ha llegado en España la era cordicólica, el reinado absoluto del cordero que se presentía desde los tiempos de Calderón.

¡Oh corderos, oh queridos españoles, oh gran pueblo evangelizado hasta el último tuétano, por fin! Perdonadme que en estas líneas haya fijado el apunte de vuestra cordicocolia. Ese viejo rito del régimen carnívoro que habéis hecho evolucionar en una última instancia decisiva, dictatorial y policromada.

E. Giménez Caballero

Madrid, 1925.

(De *Alfar*, La Coruña).

Al márgen de un libro

Ensayo sobre el Destino, por Alberto Masferrer. San Salvador, 1925.

Este valioso ensayo, honra de nuestras letras latino-americanas llega en hora muy oportuna, precisamente en estos tiempos en que la humanidad está viviendo los resultados de su propia inconciencia de épocas anteriores. Ella misma reconoce que no ha alcanzado su mejoramiento, sólo que hay cierta tendencia a levantar la condición física y espiritual del hombre; nos preocupa algo la urdimbre de la existencia y damos el nombre de destino a todo lo que forma nuestra orientación en este planeta, en un sentido o en otro. Bienvenido este librito que encierra una copiosa meditación, severa y un tanto teñida de pesimismo, sobre las causas que impiden al hombre apoderarse de su propio destino, que tiene en sus manos, y por qué no siente el placer de vivir en un mundo que pareciera para él apropiado. En las páginas 1 y 2 observa cómo nuestros órganos materiales y nuestras condiciones de carácter marcan nuestro destino; nuestra sentencia para la vida se dictó en el seno maternal; es este un aspecto de trascendencia tan cierta que nos confunde en nuestra meditación sobre los orígenes del hombre; el señor Masferrer nos hace ciertas aclaraciones y nos plantea ciertas dudas. El juicio sobre las diferencias características de cada individuo que trae desde que pone su pié en este planeta, y la tendencia evolutiva están bien claros. Es hermoso; un tratado convincente que evita ciertos devaneos que encontramos a menudo en otros.

En algunas de sus páginas, y casi podemos decir que es la tendencia del libro, plantea los rasgos materiales y los anímicos que constituyen un agente poderoso y decisivo en la vida integral del individuo. El cuerpo, esta cárcel a la cual todos los espíritus vienen confinados, opone al desenvolvimiento del hombre sus múltiples defectos. El poder del hombre consistirá en apoderarse de las fuerzas que posee y levantarse del cieno a que fué arrojado y luchar lleno de fé contra todo lo que opone resistencia para erguir su arrogante y noble figura espiritual.

«Con todo, llegaremos un día a domeñar a esos carceleros implacables si esforzamos en ello todo nuestro querer y nuestra constancia». Se me figura que es Santa Teresa de Jesùs la que habla del hombre superior queriendo pasar por las moradas y libertarse de esta prisión terrestre; porque el hombre debe conquistar su verdadero valor anímico, extirpar sus instintos innobles, elevarse a este nivel superior, sacrificando su naturaleza preñada de defectos.

Da a la mente una influencia tiránica persistente a través de toda la vida del hombre.

Está tratada la paz universal con un espíritu amplio y austero; la humanidad cree que marcha a la perfección; la guerra europea, que aún ha dejado oliendo a pólvora el ambiente, demostró que los hombres no conocen la doctrina del amor, aunque celebren fiestas a la libertad y aunque hagan ligas protectoras de animales y de plantas.

Es este un tratado filosófico que tiene la característica esencial de ser sincero; ha sido germinado en horas de dolor, y quizá vale más, porque el autor se ha apartado al silencio de su retiro; se ha descentralizado del aro común de la vida social para contemplarla, a semejanza de espectador, como lo hace Ortega y Gasset; ha tenido suficiente tiempo y discernimiento para sentir el dolor que da al hombre su imposibilidad material para luchar con sus ya predestinadas deficiencias físicas y morales. Aunque un tanto radical y severo, es el producto de una madura inteligencia bien acondicionada que guarda los rasgos geniales y es una de las pocas que se desenvuelven sin restricciones ni ficciones. Don Alberto tiene en su mirada y en el repliegue de su labio, el gesto de la amargura que le produce el panorama del universo y tiene su autoridad porque habla a las almas; es quizá uno de los primeros cerebros pensantes que gestan en nuestra América Latina, con las trazas del hombre superior.

H. D. M.

San José de Costa Rica.

Fidelidad galante

1

Cuido un perro fiel y noble
que cuando sufro él está,
en algún rincón, inmoble
bajo el peso de mi mal.

Si alegre estoy, él se alegra
y le mueve inquieto afán
que difunde en su piel negra
crispaciones de ansiedad.

Por las tardes, cuando el cielo
lleva tul crepuscular,
vese en él como un anhelo
de ser luz y ofrecer paz.

Y en las noches, si percata
sombra alguna, sin piedad
por los ámbitos dilata
un rugido de huracán.

2

Sobre plinto transparente
quietamente el otro está:
es de vidrio; y vive y siente
todo gozo y todo mal.

El resguarda las cuartillas
con viril tenacidad;
y en sus hebras amarillas
fulge siempre el noble afán.

Cuando el sol, por la ventana,
manda y tiende de oro un haz,
lo devuelve a la mañana
hecho luz primaveral.

Y en las noches, cuando el viento
lo que él cuida quiere hurgar,
corre al viento turbulento
con un soplo de cristal.

3

Estos perros, son, señora,
los que guardan mi heredad:
el primero, en mí, te adora;
y el segundo a toda hora
sólo en ti pensando está.

Nobles ambos, los dos fieles,
en el día soñarán
de rondar por tus vergeles
bajo el sol primaveral;
y cuidar tus anaqueles
en que guardas los papeles
olorosos a azahar.

Será así, señora, un cuento
que tú misma contarás:
que si urde alguien el intento
de estrechar tu pensamiento,
en los ámbitos oirás,
bajo el alto firmamento,
un rugido de huracán;
y en la paz de tu aposento,
contra el ímpetu del viento,
una nota de cristal.

MANUEL SEGURA

Guanacaste, 25 setiembre 1925.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica